Crónicas pandémicas

TALLER DE ESCRITURA Y ARGUMENTACIÓN
Escuela IDAES | UNSAM

Comisión 2 (Turno Noche) - Docente: Micaela Cuesta

Escuela IDAES
UNSAM

Con el espíritu de agudizar el sentido de escucha y observación, aprovechando los estados de sensibilidad y emoción que la "nueva normalidad" despierta, lxs docentes del Taller de Escritura y Argumentación, materia de primer año de las Licenciaturas en Antropología Social y Cultural y Sociología de Escuela IDAES | UNSAM, convocaron a sus estudiantes a escribir crónicas pandémicas. El resultado de esta experiencia de encuentro y reflexión colectiva a partir de la escritura y reescritura, es la publicación de estos textos en una serie de cuadernillos, compilado y editado por lxs docentes de distintas comisiones, que se irán entregando periódicamente. Aquí se presenta el segundo número de Crónicas pandémicas coordinado por Micaela Cuesta.

CRÓNICAS PANDÉMICAS

Micaela Cuesta (Ed.)
Morena Abitbol
Natalia Alvarez
Patricia Bincaz
Ayelén Carulli
Agustina Clavete
Ilan Colombo
María Eugenia Ecay
Natasha Ejarque Ubalton
Aldana Ganske
Alfredo Pablo Goijman
Adrián Gutierrez
Melisa Yanina Hernández
Lucía Loguercio

© 2021, de cada autor por su texto.

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Escuela IDAES | UNSAM

ÍNDICE

A modo de prólogo por Micaela Cuesta

A plena luz del día
Sin tantas penas y un poco de gloria por Morena Abitbol
Mala Madre por Melisa Yanina Hernández
El mal de los del Sauce por Natasha Ejarque Ubalton
¿A quién le importa el hincha? por Lucía Loguercio

En la lucha
Jinetes urbanos, tan esenciales como invisibles por Alfredo Pablo Goijman
No es recreación es salud por María Eugenia Ecay
Los chicos de la habitación 4 por Ilan Colombo
Todo trabajo es esencial por Patricia Bincaz
Ser musulmana y ser feminista por Agustina Clavete

Esenciales
El mantra de Gusa por Ayelén Carulli
Zoom out por Adrián Gutierrez
La casa de la reja roja por Natalia Alvarez
¿Ma, me preparás el desayuno? por Aldana Ganske

Acerca de lxs autorxs (por los autorxs)

A modo de prólogo por Micaela Cuesta

Escribir requiere caos, incertidumbre, ebullición.
Es algo creciendo como en el ápice de la acelga: desordenado y para arriba.
Requiere cierta fortaleza y también requiere fuerza y no saber bien hacia dónde dirigirla.
Federico Falco (*Los llanos*, 2020: 182)

Cuando todo parece estar fuera de lugar, poner algo en forma puede resultar terapéutico. A ese ejercicio nos abocamos en esta *Crónica de Cuarentena. Segunda Parte* un conjunto de estudiantxs de antropología y sociología de la Escuela IDAES. Buscando sortear el desquicio cotidiano y la virtualidad de los encuentros, hicimos zoom en escenas más o menos ordinarias para señalar lo que se fuga de miradas rápidas o desatentas.

Esos y esas estudiantes con las cuales semanas tras semanas nos dimos cita en el Taller de Escritura y Argumentación (Escuela IDAES), compusimos este conjunto de escrituras del presente. En ellas se iluminan aspectos de una realidad que de excepcional devino diaria, pero no por ello normal. De esos extrañamientos buscan dar cuenta las distintas crónicas aquí reunidas.

Ordenadas según un principio arbitrario, aunque reflexionado, invitamos a lxs lectorxs a seguir el pulso de aquello que sucede en la primera sección: **A plena luz del día.** Un recorrido en un día cualquiera por la ciudad en la vida de una persona habitada por otras vidas. Esas que desean desplegarse **"sin tantas penas y un poco de gloria"** en una sociedad que suele ser hostil a las disidencias. De Morena Abitbol, su autora, aprendemos la importancia de la trama, del vínculo y la mirada. De miradas está hecha también **Mala Madre,** escrita por Melisa Hernández. El nombre de esa planta que deja sueltos a sus brotes refracta sobre los rostros de esxs clientxs de clase media-alta que juzgan sin mediación y con desprecio las vidas de Cristina y Estefi –madre e hija que cada sábado acuden al Mercado Orgánico donde trabaja Juana para paliar alguna de sus necesidades insatisfechas. En **El mal de los del Sauce** Natasha Ejarque Ubalton nos transporta al Delta para mostrarnos cuán poco romántico puede ser volver a casa –siempre que se tenga una– cuando brazos de agua y déficits múltiples se interponen en el camino. Pese a ello, el sonido de los motores, las olas del río y el ocre que pinta el paisaje hace de ese traslado algo, por momentos, reconfortante. En **¿A quién le importa el hincha?** nos ponemos por un rato la camiseta para compartir las alegrías y las nostalgias de un hincha de futibol al que el COVID le sustrajo su ya arruinado ritual. Pero, sobre todo, nos conmovemos con ese secreto homenaje a su padre que hace Lucía Loguercio.

Cuando nos adentramos a **En la lucha** participamos de las experiencias e historias de hombres y mujeres, trabajadorxs en dificultades, y militantes. Admiramos el oficio de esos **Jinetes urbanos, tan esenciales como invisibles** que Alfredo Pablo Goijman nos narra. Conocemos más de las historias de vida detrás de quienes a diario nos entregan múltiples mercancías; sabemos de sus miedos y podemos identificarnos con sus demandas. María Eugenia Ecay, nos sitúa en el centro de la problemáticas de los gimnasios suscitadas en pandemia para conducirnos hacia la cuestión **No es recreación es salud** que resume el espíritu de quienes combaten para ser reconocidos como esenciales. Y, si de combates hablamos, el de **Los chicos de la habitación 4**

no puede pasar desapercibido. Ilan Colombo retrata con sutileza y ritmo los días de Samuel y Jemina, una parece de inmigrantes que buscan forjarse un destino en plena pandemia. En el texto de Patricia Bincaz, **Todo trabajo es esencial,** podemos percibir la injusticia de esa distinción (un poco obligada) entre profesionales esenciales y no esenciales en los testimonios de algunos artistas que sufren sus consecuencias. En **Ser musulmana y ser feminista**, Agustina Clavete invita a deconstruir a través del relato pormenorizado de un intercambio en un ciclo de cine-debate que tiene lugar en una Asociación civil, los saberes hegemónicos y coloniales que invisibilizan aquellas luchas que desbordan los parámetros occidentales.

Por fin, bajo la rúbrica **Esenciales** reunimos aquellas narraciones que nos hacen padecer junto a lxs protagonistxs las situaciones de estrés, malos entendidos y agobio que produce la convergencia de vida familiar, vida laboral y ocio en un espacio delimitado por escasos metros cuadrados. Así, en **El mantra de Gusa** de Ayelén Carulli, sentimos la necesidad de estirar los brazos, de oxigenar el tramo entre vértebra y vértebra para escapar tanto a la postura en la que quedamos atrapados en cada clase virtual cuanto a la distancia afectiva que nos separa de nuestrxs compañerxs. **La casa de la reja roja** nos invita, a través de la pluma de Natalia Alvarez, a colarnos en esas rutinas mínimas que configuran las vidas propias y ajenas de otros esenciales. Ser testigos silencios de los movimientos de aquellxs que nos rodean alivian esta soledad de multitudes. Adrián Guitierrez en **Zoom out** nos hace partícipes de lo que sucede en una clase de inglés a ambos lados de la pantalla para llevarnos a anhelar algo que hasta ahora, quizás, permanecía mudo: volver a casa. ¿Cómo se vuelve a un lugar del que ya nunca se sale? Junto a María, protagonista de la crónica de Aldana Ganske –**¿Ma, me preparás el desayuno?**–, quisiéramos salir del hechizo de las taras del cuidado cotidiano para entregarnos a un deseo postergado. Aldana radiografía con gran destreza esos hilos que tensan las acciones diarias de una mujer, madre, estudiante, trabajadora de clase media en plena pandemia.

Cada una de estas escrituras toca una tecla sensible de las vidas de quienes las compusieron y, también, esperamos, de quienes ahora las leen. Ellas forman parte de un ejercicio y de un desafío: sin salir de uno hacer lugar para que se expresen otrxs en su singularidad e irreductibilidad. No siempre nos resulta, pero no por ello dejamos de intentarlo.

A plena luz del día

Antonio Berni. Juanito Laguna remontando un barrilete.

SIN TANTAS PENAS Y UN POCO DE GLORIA

Por Morena Abitbol

Salir de casa

Abre la puerta.

Pedro se dio cuenta de que estaba por salir sin barbijo.

La cierra.

Antes se olvidaba las llaves, el celular o la billetera, pero ahora todo eso queda en segundo plano. Elle es muy consciente de que no puede salir sin barbijo pero su naturaleza desordenada siempre hace que se olvide de algo, por eso cumple religiosamente todas las mañanas con un ritual que consiste en repetir las cosas que no debe olvidarse, se dice a sí misme: celular, billetera, llaves.

Este último año agregó al rezo: Celular, billetera, llaves, barbijo, alcohol en gel.

Sin embargo cuando sale se da cuenta de que no tiene el barbijo. Entra a buscarlo y corrobora dos veces si está el alcohol en la mochila y de contar con la lista completa de amuletos (barbijo, llaves, billetera, etc) que garantizan el desarrollo normal de su día. Sale de su casa hacia la parada del colectivo.

A una cuadra de la parada del metrobus ya puede ver la cola de gente esperando el colectivo separada por un metro antojadizo (para algunes dos metros, para otres medio, para otres nada). En su camino saluda al verdulero, al del kiosco y finalmente cuando se sube al colectivo al chofer. Saluda siempre, pero por culpa del barbijo ya no entiende si no le responden los saludos o si él no escucha las respuestas. Entre las situaciones que son fetiche de su curiosidad se encuentra la señora que todos los días se junta en la puerta de la verdulería con el verdulero y el policía de la cuadra, siempre está fumando sin distancia protocolar ni barbijo, pero en ocasiones usa guantes descartables. O las otras señoras que tampoco usan barbijo y siempre están charlando a través de una ventana, una parada en la calle y la otra dentro de su casa. Pedro inútilmente se pregunta cuál es la motivación o la ética del cuidado que tendrá esas señoras con las que nunca ha hablado pero que ve todos los días.

También cree que fumarse un cigarrillo es un método infalible para la materialización del transporte público, algo así como encender una vela a un santo para que algo se cumpla pero, ante la idea de ser comparado con un religioso, Pedro activaría todos sus anticuerpos y mecanismos de defensa queer.

Nota que la gente lo mira porque se baja el barbijo para fumar, pero las miradas de la gente no le son extrañas. Ya antes de la pandemia la gente lo miraba por su apariencia: las señoras lo paraban en la calle para preguntarle cómo hacía para tener el pelo de ese color (como si ellas no se tiñeran el pelo también), el kiosquero le preguntaba si venía del carnaval, les niñes le saludaban y hacían preguntas a sus xadres o incluso una vez uno le preguntó si era un nene o una nena. Respondió que ambos, y ese niñe rió como si le hubiesen contado un chiste; un chiste que sus xadres no entendieron. Ahora nada de eso

parece ser relevante, ninguna señora se acercaba a preguntarle nada y les xadres de esos niñxs no permitirían que se acerquen a un desconocide en este contexto donde todes son potenciales portadores de un arma tan letal como invisible. Ahora lo miran porque se bajó el barbijo para fumar o porque se acercó a alguien, con distancia protocolar, a preguntarle la hora porque en el afán de no olvidarse el barbijo se olvidó el celular.

Tomar el bondi

Ataque de tos. Pánico y locura en el colectivo. Pedro se ahogó tomando agua lo que desencadenó un ataque de tos que entre la incomodidad y la culpa se volvió incontrolable. Se sintió confiade para tomar agua porque estaba sentado detrás de todo sin nadie a su lado, sin embargo la tos no pasó desapercibida para los pasajeros y un señor le dijo que no podía circular en ese estado. Entre la risa que le agarra cuando algo le da vergüenza sumado a la incomodidad, la culpa, la tos y el miedo, sin dudarlo ni dar explicaciones se bajó del colectivo. Ya no sabía qué hora era, si había llegado tarde o temprano, pero a raíz de la escena del colectivo ya no quería acercarse a nadie.

La presencialidad

Pedro llegó al establecimiento donde cursa una capacitación para peluqueros. Algunos lo saludan con el puño, otros con el codo, y él torpemente estira el puño cuando le ponen el codo o viceversa. Mirta, una colega que hace mucho no le veía, quiso saludarlo con un beso.

-¡¿Qué haces Mirta?! Estas grande, ¡cuídate!

-Nene, -le responde- de algo hay que morirse.

Mirta es una persona de riesgo y no está vacunada, cada vez que puede se saca el barbijo e insiste en tomar mate todes juntes, o en saludar con beso, o en hacer todas esas cosas que ya no se pueden. Su argumento más recurrente cuando le señalan que tiene que cuidarse es: "y bueno, de algo hay que morirse". Bastante irrefutable porque Pedro no argumenta contra afirmaciones nihilistas, es en vano.

Mirta no quiere vacunarse porque piensa que el yoga y la buena alimentación le van a salvar la vida, también cree que el barbijo es un arma opresora y la cuarentena una infectadura. Antes le caía bien, pero ahora no puede decir lo mismo. De cualquier manera nunca fue bueno socializando con aquelles que suscriben con el régimen político de la heterosexualidad, el binarismo, el catolicismo y la adultez, ya que piensa que esa gente mira mucha televisión y por eso llegan a extrañas conclusiones. Producto del confinamiento las acciones de nuestros allegados dejan de parecernos tan superficiales, la gente desarrolla toda clase de teorías motivadas por la ansiedad, los medios de comunicación y el sentido común, como siempre, pero ahora son aún más peligrosas. Primero los gays no podían casarse, después la gente no podía abortar, después la tierra fue plana y ahora una pandemia es una infectadura. De igual forma elle no cree que sea mejor que eso. Siembra y cultiva ansiedad social, un fenómeno que sus amigos llaman el "sindrome del puto en el partido de futbol", ser visiblemente queer en un mundo heterosexual se siente así. Lo consuela un poco pensar que hoy, más que nunca, todes se sienten igual, no sabemos cómo manejarnos, no entendemos cómo se socializa en este contexto, ni cuál es la forma adecuada de comportarse.

Existir en la calle

Al salir del curso fue a almorzar con su amiga Luna. Ella no es como las señoras inexplicables de la calle o del curso, sonríe mucho y le recomienda buenas películas. Hace algunos meses celebraron juntes la aprobación de la ley del cupo laboral trans, sin embargo ella sigue sin conseguir trabajo, ni alquiler, siquiera puede comer todos los días.

En la primera cuarentena vivió con Pedro durante seis meses, antes vivía en provincia con su mamá Olivia hasta que un día cualquiera la mandó a hacer trámites a capital. Antes de salir hacia CABA había discutido porque Luna se había puesto una pollera. Al volver a su casa e intentar abrir la puerta se dio cuenta que sus llaves ya no servían, habían cambiado la cerradura. Llamó por teléfono más de 20 veces, no tenía nada más que lo puesto: la billetera vacía y unas llaves que ya no servían para nada. Gritó y pateó en la puerta hasta que vino la policía que ignorando sus explicaciones le dijeron que se fuera bajo amenaza de llevarla a la comisaría del barrio. Luna no puede ir detenida porque sabe muy bien lo que le pasa a las trabas en una comisaría.

Para Olivia, su amiga Luna se llama Damián, es un maricón y destruyó a su familia.

Después de esto se vio obligada a volver a la casa de su ex pareja, un señor que le triplica en edad y la violenta física y mentalmente. Pero de ahí también la echaron.

Según su ex pareja no existen protocolos para prostituirse y entonces supone que Luna además de VIH, es portadora de COVID.

Buscó un lugar para alquilar, le pidieron dos meses por adelantado y cuando llegó la echaron a punta de pistola.

Según el dueño de la casa Luna es un mentiroso y un degenerado.

-Vos me dijiste que eras una mujer, pero se nota que no es así. Donde hay trabas hay prostitucion y falopa -le gritaba el dueño de la casa mientras la echaba al tiempo que alzaba el arma con su mano derecha.

Y se quedó en la calle pero de ahí también la echaron, porque hay cuarentena y no se puede circular ni habitar tampoco el espacio público. Luego de estar seis meses en la casa de Pedro consiguió un lugar donde quedarse aclarando de antemano su identidad de género, ya que a nadie le importa la constitución cuando se trata de los derechos de una mujer trans, y ningún organismo ni institución accesible para Luna pudo ayudarla a que respeten la ley de identidad de género en los conventillos donde alquila.

-¿Sabes algo de Almita? -preguntó Pedro en algún momento del almuerzo.

-Está bien, supongo. Hace mucho no se sabe de esa marica.

Pedro siempre se acuerda de Alma, pero ella es menos accesible que Luna. Siempre anda de acá para allá, buscando clientes, un lugar seguro para pasar la noche, una changa para pasar el día o haciendo malabares en el semáforo. Rara vez tiene el celular con batería, si es que no lo cambió por algún otro bien que necesite más. Con ella fueron juntes a la escuela, su sueño era arreglarse los dientes y hacer la carrera de Bellas Artes, como lo hizo

Luna aunque terminara abandonando en el 2do año. Los materiales eran demasiado caros y la carga horaria incompatible con el trabajo. Cuando Pedro le preguntó por qué no se anotaba en la facultad ella le dijo que era imposible porque estaba sola, era mujer, trans, negra, pobre y trabajadora sexual. La infancia caducó rápido para ellas, mientras Pedro estudia y hace claritos en el salón para sus clientes adinerades, sus amigas esperan pasar el día sin tantas penas y tal vez un poco de gloria. Alma no puede cobrar subsidios del estado porque tiene la decisión política de ser una trabajadora sexual visible, y al llenar los formularios esa opción no figura. Por otro lado Luna pone que es tarotista o masajista, y ambas sin importar que, quedaron en la calle varias veces durante breves períodos desde que comenzó la cuarentena.

Nadie quiere una mujer trans viviendo en su casa, menos si es trabajadora sexual y aún menos durante una pandemia, desde siempre para el sano sentido común las mujeres trans/travestis son un sinónimo de enfermizo, víctimas de enfermedades y muertes prematuras.

Transcurre el almuerzo con una amena charla, ella reproduce desde su celular sus canciones favoritas de David Bowie mientras las canta y baila. No le importa que la gente la mire y ni siquiera se da cuenta porque haga lo que haga siempre la miran.

Luna nunca conoció el anonimato de la hegemonía ni las bondades de pasar desapercibida, aun en una pandemia la gente no se olvida de ejercer su obsesión punitivista sobre el género.

Volver a casa

Pedro llegó a su casa luego de almorzar y pasear por la plaza hablando con Luna sobre los libros que habían leído y las pelucas que querían comprarse. Desde la otra punta de la casa escucha a su papá gritando que no se acerque, que su novia Mariana tiene COVID y que había que hisoparse cuanto antes. Él resopla, pero antes de hacer cualquier cosa debe cumplir con la rutina casi performática de entrada al hogar. Al lado de la puerta está el trapo con lavandina donde debe limpiarse las suelas de las zapatillas y al costado sobre un mueble el alcohol en gel. Luego de ponerse alcohol en las manos y pasar por el trapo se saca el barbijo que deja colgado en el patio junto con el calzado. Después se lava las manos tarareando una canción de Bandana para medir el tiempo. Es en esta altura del día que Pedro empieza a notar lo hilarante que pueden llegar a ser esta serie de situaciones sin contexto: su papá gritando desde una punta de la casa que no se acerque "por si las dudas"; las señoras ansiosas por socializar que no usan barbijo pero se ponen guantes descartables, las situaciones panicosas en el colectivo, las miradas de desconfianza sobre los barbijos cuando se ahogó con agua, los diversos criterios sobre el sistema métrico, las teles prendidas todo el día resonando en las paredes de las casas sus noticias sensacionalistas: "nos están matando", "el presidente no hace nada", "no queremos cuarentena" y "¡si queremos cuarentena!" (como siempre pero ahora es incluso más peligroso que antes), las otras señoras que quieres saludarte con un beso a riesgo de su salud.

Hay otras situaciones no tan hilarantes: como la vez que un policía los demoró con Luna en la esquina de su casa porque no les creían que estaban yendo a comprar y no lo dejaban hacer media cuadra para buscar su DNI (que Pedro se olvidó en el afán de no olvidarse el barbijo) y que los trató con pronombres masculinos y que a pesar de la disforia no dijeron nada, o cuando junto con Alma lloraron por videollamada porque Pedro no tenía lugar

para las dos en su casa y ella no tenía adónde ir, o cuando ambas, Luna y Alma, tenían miedo de contagiarse en su trabajo pero no conseguían otro, o cuando las echaron de la calle y no tenían adonde ir porque en los centros de alojamiento para gente en situación de calle eran violentadas constantemente, o cuando Mariana le dijo a sus jefes que tenía síntomas y le respondieron que sí faltaba la iban a despedir, lo que desencadenó una larga lista de contagios incluidos sus xadres, ambos mayores de 70 años que terminaron internades.

El día tiene que seguir, y sigue mientras Pedro estudia, limpia, cocina y hace todas esas cosas que se hacen en las casas de clase media. Ya de noche se da cuenta de que le faltan ingredientes para terminar de cocinar pero que por el toque de queda ya no puede salir. La frase "nueva normalidad" aparece como un fantasma entre un pensamiento y otro mientras se pregunta ¿cómo se consolida la normalidad?, ¿cuántas de todas las cosas que hago sirven para algo?, ¿qué información es válida? y ¿por cuánto tiempo?

Piensa en su tía Verónica, docente en el pueblo chubutense de Playa Unión. Hace tres meses le deben el sueldo y hace una semana no tiene agua, ¿cómo sobrevive? Piensa en sus amigues artesanes de Traslasierra, este verano no hubo turismo, ¿cómo sobrevivieron? Piensa en los padres de Mariana que sobrevivieron, y en la abuela de su amiga Morella que no sobrevivió.

Pedro quiere acercarse a cada transeúnte de la calle a preguntarle si sabe que los pacientes de VIH no acceden normalmente a su medicación por la sobrepoblación de los hospitales.

-¿Sabés que va a pasar si no toman su medicación? No van a sobrevivir.

Y lo que más le inquieta ¿quiénes están viviendo y quienes sobreviviendo?

MALA MADRE

Por Melisa Yanina Hernández

Dentro del local se percibe apenas un poco de frío, aunque mucho menos que afuera. Hoy no llueve, así que la vereda estará seca, se podrá circular a pie y hasta permanecer por largo rato en ella. La luz del sol imponente, pero de corto pasar, reviste la planta del pequeño mostrador de la entrada, Mala Madre como la llama su cuidadora Lola, maestra de la cocina que se adueña de los sabores de los sábados. Por qué, se pregunta cada quien que escucha ese nombre. La respuesta es simple: su naturaleza de ser deja caer a sus hijos, sus brotes, los cuales crecen desconectados de ella y se desarrollan apenas pellizcando el ras de la tierra.

A su alrededor se respira distinto, una brisa tan densa como inmóvil parece no tener siquiera fuerza de sostener la ondulación de una pluma en el aire, pero la suficiente como para generar un microclima de emociones. Es sábado, un día bisagra para muchos en el Mercado de productos Orgánicos, un día que define el fin o el comienzo de semana.

Quedan pocos minutos para las 9 a.m., y algunos detalles para concluir con la apertura del local de la calle Juramento. El frenteo de productos, la limpieza y el orden se apoderan del lugar, todo a metro y medio del piso. De un momento a otro el espacio se transforma para responder las demandas de un público exquisito, a veces atento en profundidad a la alimentación consciente, sustentable y orgánica, obsesionado por el cuidado integral del planeta; y en ocasiones, indiferente y superficial al cuidado integral del planeta y las personas.

Es la hora, un sonido entrecortado y sigiloso, un antes y un después, un acá adentro y un allá afuera en la puerta, va borrándose mientras la persiana asciende lentamente.

-¿A qué hora abren, a qué hora cierran? -un cliente en el teléfono consulta desencajado, temeroso de quedar afuera del mercado.

Detrás de la imperante y tempestuosa Mala Madre, se asoma una imagen un tanto borrosa que puede perder o ganar nitidez dependiendo del tipo de zoom que se elija para la ocasión. Allí están, se las ve abrazadas, conforman una sola silueta, ambas pegaditas a la puerta de recepción de proveedores, con previa reserva en asiento de primera, se sientan sobre un cartón. Sus pequeños pies, los pies de Estefi, rebalsan el regazo de su mamá Cristina. Quizás esté durmiendo, tomando la teta, o sólo quiera estar a upa porque siente frío. Llegaron pasadas las 9 a.m., luego de viajar cerca de una hora en la línea del tren Mitre desde José L. Suarez como cada sábado.

-A ella le hace mal viajar en colectivo, se descompone. Le gusta el tren -cuenta Cristina.

Es ritual de Estefi entrar al mercado apenas nota que hay movimiento dentro. Se aproxima al mostrador y dice:

-Agua, quiero agua.

Sí, es un hecho, hace algún fin de semana atrás cumplió dos años, con exactitud el 18 de abril. Ahora habla, camina, interactúa con los otros, ha ganado autonomía por fuera del vínculo con su mamá.

Su estadía en el umbral de los alimentos exclusivos, en un radio de dos metros de distancia en relación a la puerta de entrada al mercado, ya sea con frío o calor, pareciera significar para el entorno, un lugar de privilegio incómodo y excluyente. Aún para aquellos que están adentro. Como sucede una entre tantas veces, al llegar a la caja, se escucha:

-¿Hay alguien responsable acá, algún gerente? -una clienta exclama, cuestiona, casi con tono imperativo antes de pagar el ticket promedio de cuatro mil pesos de un típico sábado.

Era evidente, necesitaba hacer su descargo.

-Sí –responde Juana, anfitriona del local.

-La empresa se tiene que hacer responsable de eso –mientras señala la puerta de entrada donde se encuentra Estefi y su mamá -le tienen que dar de comer, no pueden estar en la entrada pidiendo cuando uno entra. Uno no tiene porqué soportar y ver eso, que estén sentadas, mientras yo entro a comprar mis cosas. ¡Ellas vienen a pedir!

Tratar de contar hasta diez segundos e intentar respirar profundo, eran la clave para salir de esa madeja de emociones. Parecía imposible lograr abstraerse de tal situación. Juana solo necesitaba cumplir con su tarea y alejarse de sus sentimientos. Terminar de cobrar esa transacción, y continuar con el siguiente ticket promedio, uno de esos tickets de sábado, cargados de escasos productos pero de montos exorbitantes.

El tema es recurrente, hasta puede convertirse en fuente de inspiración y generador de ideas para tomar medidas sobre la entrada al local de Belgrano. Como cuando en reuniones de equipo al hablar sobre el espacio surge la posibilidad de instalar bancos como de plazas, pintorescos y a la moda, acordes y combinables con el estilo del lugar para mantener las ventas de take away, y brindar un espacio de confort a los clientes asiduos. Pero casi por lo bajo, con dientes rechinando se pronuncia un discurso dicotómico, por un lado se pretende decir algo con ímpetu y a la vez se escuchan palabras entrecortadas, algo así como la letra chica de algún anuncio, el mensaje encubierto: evitar que “la gente” permanezca por horas en la entrada.

-Y de paso aprovechamos para sacar a la gente que viene a pedir -aclara quien lleva adelante la reunión.

Es reiterado. Cada vez como cada sábado, cada vez que “vienen a pedir”, cada vez que vienen Estefi y Cristina, el día de inflexión para muchos, cuando se dibujan picos de ventas que en días posteriores serán leídos en gráficos, y recaerán en evaluaciones en el análisis de Power BI. El día hacia donde las miradas y expectativas se exacerban, y el nivel de exigencia se va trazando cada vez más fino, tanto para la cúpula gerencial como para los clientes. Clientes de exigencia puntillosa, en especial en tiempos de distanciamiento, de conexión librada a las miradas. Miradas que se obsesionan a metro y medio del piso cuando todo se circunscribe a la pulcritud de las superficies.

Ha entrado Estefi nuevamente. Juana en la caja, con tres clientes a la espera de ser atendidos. Una de ellas observa cada movimiento, como inspeccionando protocolos; los movimientos de Juana, los movimientos del entorno que acechan sus productos. De repente Estefi se acerca decididamente al mostrador, luego de observar todo o al menos lo que le interesa.

-Un poquito de agua -dice con una botella descartable en la mano, descalza pero con medias (parece estar muy cómoda).

-Ya te traigo Estefi, dame un segundito -responde Juana.

Por un momento se percibe un aura de empatía alrededor. Al instante eso se esfuma.

-¿Querés ponerte alcohol? -le pregunta la cliente a Juana. Y con un giro de ciento ochenta grados de su cabeza apenas mira hacia el costado hacia donde está Estefi.

-Sí sí, ahora me pongo -le dice Juana.

-Ponete alcohol, ella estaba tocando el piso en la entrada, y después te trajo la botella. Ellas tocan todo con esas manos -insiste con nerviosismo la clienta.

Otra vez: contar hasta diez, lograr la abstracción, pensar sólo en el trabajo, y ya. Tanto como decir “hola, que tal, hasta luego”. Mirar desde el nivel de los hombros para arriba, como si el mundo en época de pandemia, y fuera de ella también, vibrara en altura.

EL MAL DE LOS DEL SAUCE

Por Natasha Ejarque Ubalton

En ocasiones volver a casa, cuando se tiene una, es una actividad cotidiana que nos trae paz. Pero si vivís en el delta y dependés del transporte público, volver a casa puede ser también una pesadilla.

Inés vive en el Delta, espera el tren en la estación La Lucila del Mitre. Son las 6.34 pm y sacando cuentas no llega a la lancha de las 19. Es otoño y ya dejó de moverse en canoa porque para volver remando cuando baja el sol ya no da; las manos congeladas, el frío que se le mete por la nariz, la humedad que le penetra la ropa, pensar qué calzado ponerse porque si se moja amarrando la canoa en la rampa del Hispano significa calzado mojado toda la jornada. Ni hablar si la pasajera, o alguna lancha remís, pasa cerquita cuando estás remando y te salpica la ropa, ¡con el frío que hace! o si alguna gota cae en el violín que carga todo el día en la espalda porque no puede ir y venir de casa y buscarlo solo cuando lo tiene que usar.

El tren arriba a la estación y, según sus cálculos, termina su recorrido en tigre a las 19.06, 6 minutos después de la partida de la lancha que la dejaría en su casa. En la espera aprovecha para hacer unas compras y mirar cuanto salen unos borcegos que están en la vidriera, ya que en los momentos de tiempo libre es difícil llegarse a Tigre solo a mirar precios, ni hablar los fines de semana que Tigre explota de turistas y no se puede ni caminar. Unos Ombú impermeables, con suela de caucho con taquitos de una altura ideal para el fango resbaloso que queda después de la marea. Se ven re abrigaditos. Luego a sentarse en el banco de la fluvial hasta que se hagan las 20. Para engañar a la panza se come una galletita que tiene en la mochila, mientras mastica piensa lo que va a cocinar para la cena. Hace cálculos: perder la lancha de las 19 le quita una hora de estar en casa. ¡Qué suerte que mañana no tiene que salir como los días que le toca dar o ir a clases, a veces a las 7.30 a veces a las 10 am!

Marinero cobrando boleto (Sole de Sousa)

Cintia termina de guardar los tapabocas que son lo último que le queda de la producción que tiene en el puesto de la feria. Lo hace rápido y antes de que alguien se le ponga a hablar (sea unx de esxs compradorxs típicxs que caen cuando estás por irte, o alguna persona con la que tenés buena onda pero que no es realmente consciente de lo importante que es para una feriante islera quedarse armada hasta el último minuto) y que la retrase de la lancha que entra al Arroyo Espera. Su nombre, recuerda, remite al lugar donde esperaban las chatas que transportaban la cosecha de frutas en la época de auge de producción islera; chatas que llegaban al puerto de frutos y que tenían que circular por el río Sarmiento que por su cauce de poca profundidad, cuando soplaba un pampero, no había forma de transitar, a pesar de que se dragara muy seguido. Sobre ese arroyo vive y allí la espera su hija y su compañero. Saluda a sus vecinas de puesto y encara rápido para la fluvial. Son las 18.15, tiene quince minutos hasta la fluvial donde abordar la lancha de las 18.30hs. Por suerte ya había sacado el boleto al llegar a Tigre y no tiene que hacer cola en la ventanilla entre turistas y residentes (si no tenés domicilio en el Delta sos "turista" para las empresas de transporte público fluvial y pagas el doble o más) que no pudieron sacarlo antes. Cola que, según el día y la hora, puede hacerte perder la lancha y que, además, desde que piden el dni para sacar el boleto -vendiendo solo uno por vez- se hizo todavía más extensa. Pero hay algo que Cintia no tenía en cuenta... la lancha se llenó por llegar muy justa y no tiene más lugar, eso que ya tenía su boleto, pero la colectiva está al borde de la línea de flotación y ella sabe que es un peligro exigir que la suban. Otra tarde más a esperar pensando ¿cuándo será el día que haya una fila para que lxs isleñxs no se queden sin volver a sus casas a horario? Una fila que priorice el embarque de vecinxs, que son quienes pagan el boleto todo el año y mantienen a flote el sueldo de los marineros. No queda otra que esperar hasta las 21 hs. cuando sale la próxima lancha que entra al *Espera*.

Lancha y chata (Carlos Ugarte)

Noelia está sentada en el banquito del "1ero de Mayo", muelle de la parrilla Las Rosas devenido en muelle vecinal y hoy municipal. Se sienta lo más lejos que puede del basurero porque la lancha que recoge la basura no pasó, y el olor está desatado. Es lunes

y se acumulan los residuos del local sumados a los del barrio de todo el fin de semana ya que la lancha recolectora del municipio pasa siempre después de las 10 am. El canasto que colocaron hace poquito para que los perros no rompan la basura se llena enseguida con las bolsas de consorcio explotadas y repletas con lo que sobra de los comensales que visitan la isla el fin de semana, mientras vecinos y vecinas desfilan por el muelle para depositar sus modestas bolsas. Varias moscas y hasta un bichofeo sobrevolando la montaña pintan el cuadro. El río está plácido, brilla su ocre con el reflejo que hace con el sol. Parece una superficie firme que cualquiera podría pisar para cruzar caminando hasta la costa de enfrente.

Noe espera la lancha de las 10 am para salir de la isla, trata de estar 15 minutos antes porque a veces pasa antes, aunque en ocasiones pasa 15 minutos después. Lo importante es no perderla porque la que sigue puede no pasar, o no parar, y la que viene después de esa lo hace recién a las doce y ya se le pasa la hora para ir hasta lo de su prima para tomar unos mates y charlar un rato sobre cómo le va en la facultad o sobre el problema que tuvo con sus vecinas la semana pasada. A lo lejos, a la altura del museo se ve la pasajera doblar y encarar para el muelle. Se prepara para hacerle señas al Patrón de la lancha para que le pare y no se pase de muelle y se tenga que pegar un pique hasta el Petersen que es el muelle que le sigue. Como están en la misma cuadra suelen parar en solo uno de los dos muelles si están atrasados y, sobre todo si hay solo una persona esperando en el que les queda primero. Se sube a la lancha que mandaron de refuerzo (porque la programada ya se había llenado en el Río Capitán) y después de saludar a vecinxs que vienen de más arriba se acomoda bien adelante en el asiento de la ventana, cerquita del rugido del motor. El viaje a Tigre transcurre entre los marrones del agua los de los árboles que van despidiendo sus hojas, algunas quedan en las costas y otras van acompañando el oleaje y la estela que dejan las embarcaciones. Algunas araucarias (contadas con los dedos de una mano) siempre verdes, cipreses calvos rojo fuego, robles que van quedando pelados y los sauces sosteniendo las costas detrás de las estacadas. El monte va quedando con las ramas a la vista y se puede oler los aromas del centro de la isla, ese centro barroso, a veces sulfuroso, donde anidan comadrejas, pavas de monte y las nutrias que se escuchan por la noche. Disfrutando el paisaje Noe saluda a la gente que va subiendo a la lancha y ya llegando al Río Luján el marinero pasa a cobrar los boletos y la saca de la hipnosis que le genera el paisaje y el mantra del viaje entre la sordera del Gruñido del motor, las cumbias que suenan en el equipo y la vibración de la navegación.

Ya en la fluvial ata el bidón sin tapa con una cadena y candado, y se entera que hay demora en el tren por un accidente. Le toca viajar en el 60 lo que le va a quitar tiempo para ir y quizá para volver si no se soluciona el inconveniente, y poder hacer tiempo para hacer unas compras. A las 20 hs. llena el bidón con el agua de la canilla que está en el muelle pensando en cuánto hace que lo está usando, y que va siendo hora de cambiarlo.

Sara llega corriendo a la estación Rivadavia del Mitre para ver cómo se va el tren destino tigre que se le escapa por un pelín. Ese era "El tren", el que la llevaba a horario para tomar la lancha de las 21 hs, la última de Interisleña que va por el Río Sarmiento y la deja en el muelle vecinal que está a 400 mts de su casa. Se sube al tren siguiente sabiendo que ya la perdió, pero con la esperanza de que se haya atrasado por una cuestión no imaginada (tal vez el patrón esté esperando algún familiar, porque ahí sí que no se respeta el cronograma de tren inglés de partidas) y con esa ilusión transcurre el recorrido mirando la noche del corredor norte por los ventanales que ofrecen los vagones. Llega a Tigre 21.07, se apura en llegar hasta la estación fluvial para ver que la lancha ya partió. Las boleterías cerradas son la señal de no tener la posibilidad de volver en transporte público a su casa. Lanza una puteada al viento con ganas de que le llegue a las lanchas que están durmiendo amarradas casi debajo del puente Sacriste y una vez más se dirige a las amarras municipales que están del otro lado del puente, puño apretado y masticando opciones para conseguir un canobote. No se puede depender de un transporte público que se dedica a llevar a pasear personas en lugar de proveer un servicio de calidad a la población del Delta. Llega a la garita y pregunta a la gente que está por ahí si alguna lancha va por el Sarmiento y la deja en el muelle, ya sea de onda, o bien por unos pesos para colaborar con la nafta. Ya sentada en el banquito que está adentro del quincho cerrado por lona se da cuenta que el agua está al borde de la estacada y que es muy probable que tenga que caminar un tramo con los pies adentro de ella. Pero bueno, la vida en el delta es así y como dice su amiga Rita del arroyo la perla: "Ese momento donde te preguntas qué carajo hago acá, pero cuando llega septiembre se te pasa".

La Rampa del hispano (Foto: Sebastian Penna)

Es sabido que a quienes se mudan a la isla les invade el mal del sauce porque quienes ya viven alli, ya lo tienen. El mito dice que lxs islerxs son gente que vive contemplando

el río y la vida debajo de los sauces que están en la costa; a todo le imprimen ese pulso de lentitud, de cierta pasividad. Ese pulso que se diluye al pisar el continente.

GLOSARIO

Interisleña: Empresa de transporte público Fluvial que recorre el delta de Tigre y San Fernando.

Pampero: Viento característico de fuertes ráfagas, de clima seco con la particularidad de hacer que se retire el río en el estuario del Rio de La Plata.

Sudeste: Viento característico de la región que trae humedad, y que dependiendo del momento lunar puede traer crecidas (Sudestada es su máxima expresión con picos de hasta 4mts de altura del rio, lluvia y frío).

Patron: Marinero encargado de dirigir la lancha, en estatus de que lo que dice en su embarcación se obedece. Jerga fluvial.

Dragar: Acción de mover los sedimentos de un rio o arroyo, cauce fluvial con la intención de aumentar la profundidad del mismo, o rellenar terrenos.

Estacada: Pared que se construye en el río para sostener las costas, que no se derrumben con el oleaje que produce la navegación. Pueden ser de madera o de Material.

¿A QUIÉN LE IMPORTA EL HINCHA?

Por Lucía Loguercio

Aldo está recostado sobre almohadas incómodas y un colchón poco amable para su espalda. Mira el partido por el televisor que está frente a la camilla de la sala de internación de la clínica, y de a momentos putea por lo bajo. No se puede mover mucho porque tiene moretones en toda la panza de tanto corticoide que le inyectaron y su cuerpo se siente como si hubiera sufrido un accidente de auto. Es el COVID, que le parte en dos la cabeza y lo tiene dado vuelta, pero ni eso lo aleja de ver el partido de boca, ni mucho menos de quejarse del árbitro y del DT del plantel. La habitación apesta a productos de limpieza y está iluminada por una luz solar opaca que entra por la ventana de vidrio polarizado. Además de su respiración algo forzada, solo se escucha el relato del partido que sale de la tele y a lo lejos bocinazos y el chirrido de las frenadas de Santa Fe y Pueyrredón. A su lado hay una mesita en donde está apoyado su celular, el barbijo del Conicet, una revistita de juegos de lógica y un plato con restos de pollo sin sal y puré de papa sin manteca.

Por lo general, las noches de copa Aldo usa como cábala la camiseta con la que Boca se consagró campeón de la Libertadores y del mundo allá por el 2000, época en la que aún tenía pelo, y no tenía ni panza ni hijas. Ahora no tiene nada puesto porque en la clínica solo se puede usar calzón y camisón.

Termina el partido, un empate 0-0 contra el Barca de Ecuador en la fase de grupos de la Libertadores 2021. "A ver si este año traemos la copa, una alegría dame boquita", piensa. Sabe que la racha mediocre que viene teniendo Boca se relaciona con que hay varios jugadores que no pueden estar en el torneo: la semana pasada dieron COVID positivo Zambrano, Rojo, Cardona y Campuzano. Además, la muerte del Diego y los rumores de que Carlitos Tevez se despide del club no ayudan a la motivación del equipo.

Mira con desgano la pantallita del cuarto de hospital, y se da cuenta de que lo peor de ver fútbol así no es lo mucho que le cuesta concentrarse, o el dolor insoportable que tiene en la espalda, o todo lo que extraña la compañía de sus hijas fanáticas. Lo peor de ver fútbol así, lo más aburrido, es que sean partidos sin público. Ver 22 jugadores corriendo atrás de una pelota sin hinchada de fondo le recuerda más al FIFA, el jueguito de la play que tiene su sobrino, que a un partido real.

El canal de fútbol ahora muestra imágenes de la cancha vacía con música de fondo. En esa reproducción 2D, Aldo busca algún resabio de lo que es realmente su lugar favorito. ¡Qué distinto se vuelve todo cuando un ritual se interrumpe de este modo, cuando lo posible se vuelve tan lejano! Nunca en sus 52 años de vida había dejado de ir a la cancha durante un año y medio, nunca había extrañado tanto la sensación de estar dentro de un lugar con cuarenta mil personas que saltan sobre tribunas que parecen venirse abajo.

Desde chico esperaba la llegada del domingo con ansias. El viaje a la cancha siempre había sido largo. Cuando vivía en Banfield tomaba el tren Roca hasta Constitución y de ahí caminaba con los amigos hasta el barrio de La Boca. Ahora que vivía en Palermo tomaba el 93 en plaza Italia con las hijas. El colectivo se llenaba de hinchas borrachos que sacaban la mitad del cuerpo por la ventana gritando "yo por Boca doy la vida", "quiero

la libertadores y una gallina matar". Él se estresaba pensando en que en cualquier momento se caían del bondi sobre la avenida almirante Brown. El ritual de ir a ver un partido duraba y cansaba pero implicaba "ser" de boca. Ser no es poca cosa. A Boca había que dedicarle el día entero, había que llegar bien temprano para acomodarse y mirar el sol esconderse detrás de la tribuna de enfrente. Primero atravesar los controles, los mil controles llenos de policías con palos que reprimen en los superclásicos y te revisan hasta los huevos. Después, pasar por el molinete. Después, subir las escaleras azules y amarillas que parecen interminables, siempre con olor a pis en los rincones y humo de cigarrillos. Subir hasta llegar jadeando a los últimos escalones que distan de la popular y escuchar el eco envolvente de la gente que ya está adentro.

quiero que sepan que el Xeneize es mi alegría...

aunque no entiendan yo por Boca doy la vida...

cuando me muera no quiero nada de flores...

yo quiero un trapo que tenga esos colores...

Antes de la pandemia, ir a la cancha era el mejor momento de la semana, era un planazo insuperable con sus hijas adolescentes. Gala, la más grande, siempre iba con una cámara y apenas empezaba el partido se perdía entre la multitud de la hinchada, porque lo que más le gustaba era sacar fotos de la tribuna. "Quiero mostrar que es importante lo que nos pasa a los hinchas", decía. En cambio, Lucía se quedaba sin voz todos los domingos de tanto gritar y gritar. Era más chica y desde que se hizo socia en 2015 cuando tenía doce años nunca faltó a un partido. Aldo era más bien neutral. No se volvía loco gritando como cuando era pibe, se ocupaba de prestar atención al partido y llevar un auricular en la oreja para escuchar el relato de Mariano Closs por radio continental. Por lo general, en el segundo tiempo se terminaba sacando los auriculares, un poco porque no escuchaba nada y otro poco porque se indignaba con el periodismo antiboca y prefería adivinar qué jugador tenía la pelota en vez de escuchar a los relatores. Por suerte las hijas sabían de memoria el color de los botines de cada uno y siempre le aclaraban quién se la había pasado a quién; "La asistencia la hizo el colombiano Fabra pá", "No fue gol de Carlitos, ¡fue de Pavón!" "Mirá cómo amaga Villa, es como si traspasara paredes...".

Sonó el teléfono de la habitación. Era la chica del servicio de cocina para ver si prefería ravioles con salsa de tomate o crema. "Crema" contestó. Miró de vuelta la pantalla que ahora mostraba el partido de Arsenal. Apagó la tele y se recostó muy despacio para dormir un rato, y lo último que pensó es que ese era el momento de la semana que más faltaba para el próximo partido.

En la lucha

Antonio Berni. Sin título (monstruo de la pesadilla de Ramona).

JINETES URBANOS, TAN ESENCIALES COMO INVISIBLES

Por Alfredo Pablo Goijman

Con caballos de metal y grafito de toda cilindrada, sin nombre y casi sin rostro, los motoqueros circulan hoy por las ciudades de todo el país, a veces a velocidades dudosamente legales.

Identificados cuanto mucho por el color del casco, confrontan al reloj con la ansiedad de su destino inmediato. Saben que los están esperando. Siempre los están esperando: interpelan así leyes escritas y tácitas de la calle, en una realidad casi esquizofrénica que los impulsa.

Se trata de hombres y mujeres que tratan de cumplir día a día con su labor, y que provienen de los más diversos presentes y pasados: argentinos, extranjeros, jóvenes, adultos, con educación o sin ella, muchos con tiempo ya de desempleados, algunos reinsertados laboralmente con la voluntad de dejar atrás el destino de delinquir, y otros con la complejidad de no poder obtener un trabajo "en blanco" en el país del empleo "en negro".

En fin, un sinnúmero de problemáticas pero con un denominador común: ellos están –lo saben–, solos en la calle.

Ahora, en esta pandemia y desde una cuarentena más férrea o más flexible, se los cataloga como "esenciales" por sus funciones, pero siguen siendo "invisibles" ante la misma problemática legal y sanitaria que los afectaba antes del COVID y que ahora se multiplica a causa del virus: este oficio casi no existe para el Estado a la hora de brindarle protección.

¿Y sus eventuales contactos estrechos con 20, 30 o 40 clientes por día? ¿Familias? ¿Empresas? Parecieran no ser relevantes.

Los cambios experimentados en la actividad a partir de la ASPO y la DISPO (siglas que definen el Aislamiento o el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio, y que ya forman parte del diccionario de angustias ciudadanas), agudizaron la precariedad que viene de lejos, desde siempre.

Se incrementó el número de motoqueros en todo el país, cualquiera fuera su procedencia y origen, debido a que ellos se transformaron en imprescindibles al convertirse rápidamente, de un día para el otro, en uno de los sistemas logísticos de distribución de productos más importante para los miles de pequeños comercios a lo largo de todo el país. Ellos, los motoqueros, significaron para algunos comercios minoristas, su supervivencia.

Y, sin embargo, a diferencia de los muchos otros aspectos que los sistemas de salud oficial y privado intentaron cubrir para morigerar la infección generalizada, el caso de los motoqueros no fue contemplado: Dejaron de vacunar a quienes conectan comercios y restaurantes con familias y empresas. Es como si se hubiera sanitizado un colectivo y se hubieran olvidado de limpiar los pasamanos.

El secretario general del sindicato de motoqueros a nivel nacional, Mariano Robles, hijo de desaparecidos e integrante de la Agrupación H.I.J.O.S., reside en Tanti, provincia de Córdoba, pero vive entre la ciudad mediterránea y Buenos Aires donde se encuentra el grueso de sus afiliados.

Plantea Robles que mientras se incrementó el trabajo, la precarización laboral no solo continúa siendo la regla general sino que se le suma ahora otro factor de gravedad: la falta de vacunas que impediría las consecuencias del coronavirus ante el alto riesgo de contagio.

Apoya en general la actual administración pero lamenta que el Estado no tome conciencia del papel de los motoqueros y de su "esencialidad" a la hora de distribuir miles y miles de pequeños paquetes de casa en casa y de oficina en oficina, sin tener administradas las vacunas antiCOVID y con permanente exposición al contagio.

Robles sabe de la gravedad de la situación cuando explica además que con el cierre de comercios y empresas tras un año y medio de cuarentena, muchos trabajadores en la calle han tomado la iniciativa de (sindicalizados o no) subirse a una moto y repartir lo que sea, para conseguir para comer. Asegura que su reclamo es, a la vez, una alerta, y puntualiza que nadie como los motoqueros, escuchan la voz de la calle.

Juan ("llamame sólo Juan") cuenta que pasó dos años como "invitado" en el Pabellón C del penal de Sierra Chica por robo a mano armada. Asegura que no quiere volver, que estudió un poco en su encierro y que la moto le permitió romper el círculo vicioso de "desempleo-hambruna-delito". La pandemia le brindó más trabajo, pero tiene pánico a enfermarse.

Se saca el casco y el barbijo que utiliza tiene el escudo del club Chacarita "de Chaca a full" se anticipa a una pregunta que no habrá por obvia.

Juan vive en la complicada Villa Hidalgo, donde los vecinos dicen con sarcasmo y tristeza que *es más fácil conseguir droga que cargar la SUBE.*

Señala que él no quiere entrar en la falopa porque lo que vio en la cárcel no le gustó, y jura que desea salir adelante con la mensajería. Pero se lamenta porque los trabajadores de la moto siguen viviendo en la marginalidad laboral. "¿Vos ves mucha diferencia hoy entre un motoquero y un cartonero?", pregunta. Y la respuesta es más o menos compleja.

Además, revela otras situaciones a contemplar que van desde que los gastos de la moto la tiene que pagar el mismo mensajero (neumáticos, combustible, seguro, y ahora también los elementos sanitizantes como barbijos, tapabocas y alcohol en gel o en aerosol), hasta su bronca contra el accionar de algunos policías: "Pareciera que para ellos todos somos motochorros hasta que probamos lo contrario. Y después, cuando comprueban que no lo somos, nos 'manguean' en la calle, nos piden peaje".

En especial, en la distribución de un rubro específico, en el que los detiene la policía para requerirles un "certificado de manejo de alimentos" para dejarlos transportar pizzas o empanadas, salvo que lleven la identificación de marcas reconocidas o sean de cadenas de envíos a domicilio.

Al respecto, Mariano Robles retoma el análisis sobre el riesgo social que representa actualmente tener en la calle a unos 55 mil trabajadores esenciales en todo el territorio nacional, sin inmunización ni elementos sanitizantes garantizados.

El Sindicato que nuclea a los repartidores viene insistiendo en esta amenaza invisible desde que comenzó la cuarentena, y afirma que la respuesta de las empresas y del Estado ha sido nula por no contemplar la naturaleza de su trabajo. Argumenta que no puede haber en ese sentido motivos políticos: “Creo que simplemente no nos tuvieron presentes. Se olvidaron de nosotros y de nuestra función en la cuarentena”.

Robles lamenta que incluso las autoridades sanitarias hayan tenido que presionar para que los negocios agreguen guantes de goma para tratar los productos y alcohol en gel, además de regular el ingreso.

El dirigente gremial ejemplificó que con respecto a las casas de comida, si el Estado no los obligaba, los comerciantes no iban a meter la mano en el bolsillo para comprar un alcohol en gel ni para adquirir un barbijo para el personal o los motoqueros, “y mucho menos para asistir a los compañeros que fueron contagiados”.

En ese sentido, dijo que el sindicato a su cargo apoya que el Estado esté presente y que le aplique todo el rigor de la ley a las empresas para que protejan a los trabajadores, pero reclama que se les preste atención a las necesidades de quienes hicieron posible que muchos comercios sobrevivieran ante la modificación de las condiciones de consumo, con el “delivery” o el “take away”, dos palabras ya comunes en la terminología familiar pandémica.

NO ES RECREACIÓN ES SALUD

Por María Eugenia Ecay

Alejandra es propietaria de un hermoso gimnasio en una zona central del barrio de Floresta. Ocupa una esquina con doble entrada y está pintado en matices de rojo, negro y gris plata. En su fachada se lee "Strong fitness", nombre que denota fuerza y pasión por esta disciplina. Durante el año 2020, tuvo su gimnasio cerrado por 7 meses debido al arribo del SARS COV 2 a nuestro país. Luego debió someterse a la orden de las restricciones determinadas por el gobierno nacional. En el interior de su establecimiento se divisan señalizaciones donde se impone el correcto protocolo de conducta a sus socios como: "Prohibido concentraciones"; "Mantenga la distancia mínima de 2 metros"; "Obligatorio desinfectarse las manos"; "Obligatorio usar tapabocas", entre otras. Esa invasión de carteles, la estructuración y reacondicionamiento de su propiedad la llevó a realizar gastos inesperados para estar en condiciones de abrir al público. Esas implementaciones repentinas lograron trasladarla a un nuevo plano de indignación que compartió con sus colegas del UGA (Unión de gimnasios argentinos) donde se intercambian informaciones, estadísticas, reglamentaciones, estudios científicos y se construyen tramas sociales de empatía entre quienes se ven afectados por esta problemática.

Pero ¿por qué Alejandra está indignada? ¿Por qué está en un plan de lucha con sus colegas del UGA? Porque, nuevamente, en abril de 2021 volvieron las restricciones y la obligaron a cerrar sus puertas vulnerando su derecho al trabajo.

Su inicio en el mundo del fitness, según relata, fue por accidente. Llegó al gimnasio del cual ahora es propietaria con el objetivo de "ponerse en forma" para ganar un partido de fútbol organizado por los padres de los compañeros de escuela de su hijo Iván. Comenta entre risas:

-"¡Y encima ganamos!" En ese instante creció su interés por la preparación física, orientándola a especializarse en el campo para luego convertirse en miembro del staff del lugar.

El gimnasio consta de dos pisos, en el aire se palpa un aroma a bamboo y perfume invictus mezclados con los aerosoles de alcohol y la música ochentosa que caracteriza el ambiente. Su emplazamiento de privilegio, recordemos que se encuentra en una esquina, permite que la luz se entrometa en cada rincón; todo está abierto, todo irradia alegría y energía: la música, las risas y la expresión de felicidad que se revela en los rostros de los apasionados por la musculación. Hay una amplia gama de colores en la indumentaria deportiva de los aficionados y las maquinarias pintadas de un rojo brillante no dejan de hacer juego con el resto de los elementos que forman parte de la instalación.

Ingresar al local es como introducirse en el país de las maravillas, puesto que una vez que un socio ingresa y se sumerge en su rutina de ejercitación se desencadena un cambio de estado de ánimo que es imposible no advertir, señala Alejandra. Y concluye: "Es como si una fuerza invisible empujara a los socios a sonreír aunque el contexto que los atraviesa sea devastador". "¡Es como un shock de energía que se esparce por todo el cuerpo!", sostiene Alejandra con un gesto de emoción que refuerza los contornos de su rostro.

En el gimnasio, el ruido de las pesas que caen al piso de goma no suenan, los ruidos del metal de las diversas máquinas para ejercitar los distintos músculos de la anatomía humana dan la sensación de sentirse poderosos, vitales, fuertes como el legendario Hércules, tan invencible en sus hazañas que lo elevaron a la categoría de ser divino. Su gimnasio cumple con todos los protocolos determinados en el documento técnico para la reapertura de gimnasios dictado en julio de 2020 por la Cámara de gimnasios de la Argentina: se observan rociadores de alcohol en cada base de higiene esparcidas en el local, las superficies relucientes de las máquinas y aparatos denotan la meticulosa limpieza; se realiza el control de temperatura al ingresar, y hay mamparas que separan las maquinarias, cintas y bicicletas. Se verifica la delimitación del espacio para cumplir con la distancia social que evita el esparcimiento del virus y, como si fuera poco, al estar en una esquina la ventilación es doble y constante. En el documento técnico antes nombrado se define a los gimnasios como agentes de salud, aunque para las autoridades gubernamentales se trata de "actividades recreativas".

-Somos agentes de salud, -despotrica Alejandra-, si tenes obesidad ¿a dónde te mandan?

-¡Al gimnasio! -se responde frunciendo el ceño y agarrándose la frente... y continúa su enumeración: si sufrís de hipertensión, alguna lesión postural, problema de salud cardiaca, ¿a dónde te mandan? ¡Al gimnasio!

-Entonces ¿por qué somos considerados recreación, o deporte en ambiente cerrado, si no se practica un deporte per se? No jugamos al fútbol, rugby, vóley en cuatro paredes.

Alejandra milita hoy por el cambio de categoría de "recreación" a la de "agente de salud", ya que la actividad física contribuye al bienestar físico y mental de las personas.

Según una investigación divulgada entre los miembros de la UGA: "la inactividad física está asociada a un alto riesgo de padecer COVID grave, revela un estudio hecho por la universidad de California en 48.440 pacientes adultos que transitan la enfermedad". En consecuencia se unen en la lucha, pregonan, divulgan y recomiendan a los organismos de salud pública que incorporen la actividad física al cuidado médico básico.

Al otro lado del mundo, más específicamente a 8911 km de Argentina y cruzando el océano Atlántico, vive Rocío; ella se desempeña como encargada del bar de la "infinity pool" (pileta infinita que se une con el mar) del hotel Fantasía Bahía Príncipe de Tenerife. Su lugar de trabajo parece salido de un cuento de hadas, a orillas del mar y con una arquitectura símil castillo encantado que alucina a quien lo visita. Rocío reside en el municipio de San Miguel de Abona, al sur de la Isla y, aunque trabaja en un lugar de ensueño, declara que su rutina diaria es muy estresante. El "cable a tierra" que le permite a Rocío atravesar su cotidianeidad y su estrés es practicar ejercicio físico. Su rutina de zumba, de cinta, de cardio y de funcional (clase de ejercicios localizados por grupo muscular) es fundamental. A diferencia de la situación de Argentina, tanto en Tenerife como en la zona peninsular de España, se declaró en contexto pandémico al ejercicio físico y al deporte como "actividad esencial" tras un pacto entre el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Popular (PP). La comisión de Cultura y Deporte del congreso aproó en marzo de 2021 con 25 votos a favor y 12 abstenciones la proposición de la enmienda transaccional del grupo socialista respecto al acceso y apertura de centros de deportes. Rocío es hermana de una alumna de Alejandra, también apasionada por el fitness y el mundo del culturismo. Por medio de su intervención, Alejandra pudo contactarse con Rocío. La propietaria del gimnasio argentino quería averiguar la

diversidad de medidas implementadas por otras sociedades durante la pandemia. De tal manera, pudo dilucidar el carácter tan polar y disruptivo entre las decisiones tomadas tanto por el gobierno de España como por el de Argentina.

Según informa Rocío: “Aquí la actividad física es categorizada como esencial por la moción aprobada por unanimidad en el ayuntamiento de San Miguel de Abona. Y que fue sostenida por el COLEF (Consejo general de educación física)”.

Rocío conversó con Alejandra, mediante llamada de whatsapp, informando que asiste a un impresionante gimnasio llamado 360 fitness ubicado al sur de Tenerife donde desarrolla su rutina de ejercitación. Y exclama:“¡El gimnasio es inmenso!” Cuenta con un piso muy extenso inundado de extravagantes maquinarias; una planta alta con balcón donde está ubicado el salón de spinning, las cintas y bicis para cardio y los salones de clases de baile y funcional. También cuenta con un espacio al aire libre decorado con una alfombra de pasto sintético donde se pueden realizar rutinas de cardio y CrossFit: una disciplina basada en el entrenamiento militar que consta de rondas de circuitos de actividades de alta intensidad con diversos escenarios y elementos. Por otro lado, dispone de un lugar de relax, un precioso bar con vista al mar donde se pueden disfrutar snacks saludables post entrenamiento.

Rocío comenta, con un cambio en el volumen del tono de su voz, “¡Aquí los gimnasios son esenciales para la salud de la población y permanecen abiertos! Además, todos cumplen con el protocolo dispuesto por las autoridades”. Sucede que en la Isla la actividad física es esencial, y si bien se cumplen a rajatabla los protocolos determinados por la OMS, se permite y es imperativo tener los establecimientos deportivos abiertos. Rocío envía a Alejandra una estadística que publicó en redes sociales un reconocido farmacéutico y nutricionista deportivo llamado Sergio Espinar, oriundo de Córdoba, pero residente en Canarias, donde se plantea la importancia del ejercicio físico para acompañar a las campañas de vacunación frente a esta atípica enfermedad y donde se hace hincapié en lo perjudicial que es el sedentarismo y la falta de ejercicio para nuestro sistema inmune.

Alejandra agradece la información y el nexo proporcionado por su alumna, pero el malestar crece en su interior como volcán en erupción. Y refunfuña: “¡Cómo puede

ser que no nos dejen abrir si la gente está muriendo por el virus y muchos de ellos son personas con obesidad o hipertensión siendo problemas que dificultan su salud y las posibilidades de cura o de tránsito de cuadro leve de la enfermedad!"

Continúa ofuscada: "¡Para colmo es sumamente importante, en estos tiempos de aislamiento, socializar y encontrarse con otros!" -remata con un reboleo ojos que expresan irritación.

Con gran enojo y dolor les comunica a sus socios que no podrá abrir sus puertas a partir de abril y que continúa con su plan de lucha. Mira las noticias, publica en redes sociales a diario informes, estadísticas, montajes que realizan colectivamente en la UGA para propagar toda la información posible que sostiene su argumento a favor de la actividad física como esencial. Ya no se trata solo de su fuente de trabajo, se trata de un bien común, se trata de la defensa de los derechos, se trata de la empatía, se trata de la comunicación masiva, se trata de luchar, de esparcir su experiencia, su vitalidad, su fuerza, sus conocimientos para poder continuar, además, con su forma de sustento. Para ella la misión es concientizar a la sociedad de la importancia central que tiene la actividad física en la vida de los seres humanos, de hacer ver cómo ayuda a su fisionomía, a su estado mental, a su salud cardiovascular, a su salud articular y muscular, y cómo hay evidencias de que las personas que practican deporte transitan la vejez de mejor forma.

Alejandra cuenta cómo extraña su segunda casa, cómo precisa del lazo social con sus alumnos, de dictar rutinas de entrenamiento. Se siente abandonada, silenciada, vulnerada, pero es fuerte como el mítico Hércules. No deja de asistir a todas las marchas realizadas por la UGA. Celebra su presencia, siente orgullo, defiende lo suyo, defiende sus ideales. Ya que no son solo suyos, son colectivos, son compartidos. El lazo social se estrecha en la lucha, en la protesta. Se hacen oír, saltan, gritan, exclaman con fervor su punto de vista. El diario La Nación publicó el día 11 de junio el siguiente titular: "Horacio Rodríguez Larreta, interrumpido por el ruido de explosiones durante su conferencia": Una protesta de los trabajadores de los gimnasios interrumpió la conferencia de prensa del mandatario porteño. Alejandra estaba fascinada "¡Nos hicimos escuchar! ¡Elevamos nuestra voz! ¡Hicimos un quilombo!", dice sonriendo. Y resulta que fueron escuchados: el 25 de junio habilitaron la apertura de gimnasios con 30 % de aforo.

LOS CHICOS DE LA HABITACIÓN 4

Por Ilan Colombo

- ¡Samuel! ¡Agarrá tus cosas rápido amigo, ahí vienen! -le grita Oscar, parado en la entrada de su negocio- ¡Dale negro, apurate!
- ¡¿Cómo sábes amigo?!
- Los vi doblar recién por Pueyrredón, ¡apurate que te van a cagar a palos!

Entre la desesperación y el miedo, Samuel junta rápidamente los joggings, las musculosas y los relojes que tiene desplegados en la manta y los mete en el interior de una bolsa de residuos. El sudor corre por su frente y sus manos están resbaladizas al mismo tiempo que temblorosas. A los pocos segundos escucha un disparo a lo lejos y sabe que ya no le queda tiempo. Un clima de gritos y pánico se apodera del ambiente mientras él se apresura a guardar los artículos que tiene en venta y enrollar la manta. Se prepara para correr cuando siente un golpe fuerte en su espalda que lo derriba. Cae al piso y piensa que le dieron, que esta vez "los hijos de puta" le dieron.

- ¡Te agarré negro! ¡Poné las manos atrás de la cabeza y callate! - le dice un oficial de la Policía de la Ciudad revoleando el garrote.

Asustado y todavía aturdido por el griterío, Samuel hace todo lo que le exigen. El policía lo toma por la fuerza del cuello de la camisa y lo levanta. Samuel emite insultos que resultan incomprensibles para los espectadores que se encuentran alrededor de la escena. En eso llega otro oficial con un casco en la cabeza y, entre empujones, lo mete en el interior de un patrullero.

Son las 3 de la tarde y Samuel sabe lo que a partir de ese momento le espera. La represión no es algo nuevo para él, desde que llegó a Argentina en marzo del 2015 (justo hoy se cumplen 5 años) se acostumbró a que lo insulten, lo agredan y lo detengan cuando está trabajando. Tendrá que esperar largas horas en la comisaría, sufrir maltratos físicos y verbales, padecer la requisa y la incautación de su mercadería y, finalmente, volver a su casa sin un peso. El calor dentro del móvil policial es sofocante, lo que intensifica el mareo que siente producto de los golpes. El auto arranca a toda velocidad y logra abrirse paso entre las calles abarrotadas de gente en el barrio de Once rumbo a la ex comisaría 7.

Horas más tarde, los tubos de luz incandescente iluminan el ambiente y el inconfundible reloj dorado de pared ubicado a la derecha de la virgen marca las 10 de la noche. Las manecillas del reloj ya no hacen el insoportable ruido de antes y Samuel se da cuenta que finalmente lo arreglaron. Sentado en el borde del banco de cemento con las piernas extendidas y depositando toda su espalda y su cabeza en la pared, observa desde su celda la televisión de la entrada. En el programa de noticias están hablando sobre un virus que azota a China, pero a él no le interesa, solo quiere irse a su casa. Piensa en su pareja, Jemina, que debe estar muy preocupada. En eso, se acerca un oficial.

- Ya podés irte negro, que sea la última vez que te veo acá.

Samuel se retira y camina por las calles, ahora silenciosas, hacia su casa. Dobla en Moreno y se detiene justo debajo de un cartel oxidado que dice: "Hotel Familiar 'El Sol'", llegó a su hogar. Entra y saluda a Aurelio, el perro-amigo, que le responde con un movimiento de

cola. Sube las escaleras y abre la puerta de la habitación número 4. Sentada en la mesa, fumando, está Jemina. Cuando lo ve ingresar se levanta de un salto y corre a abrazarlo.

- ¡Samu, amor!, ¿Cómo tu estás?, ¿Qué te páso? -le pregunta mientras lo besa.

- Policía de nuevo ¡Otra vez! Pegaron y sacaron todos las cosas, también yo pensé que habían disparado. Pero no quiero pensar eso ¿Vos cómo estar en día?

- ¡Fils de pute! -exclama Jemina irritada, luego respira y bajando el tono dice - Importante es que salud vos estar bien. Ven, vamos a comer que tener mucho hambre vos, hice arroz muy rico.

- Sí, bien de salud estar -le responde Samuel no muy convencido y luego le devuelve la pregunta -¿Cómo estar tu día?

- Mucho cansado, en peluquería no tener descanso. Hoy viene muchos clientas a poner trenzas y mi jefa obligar a quedar yo mucho tarde. Pagarme poco y tener nosotros deudas -comenta Jemina con tono de preocupación mientras le sirve un plato de arroz a Samuel-. Las señoras de la peluquería hablar de un virus, un enfermedad, no sé qué. Estar ellas preocupado por mañana cerrado todo, por eso venir hoy.

- Yo ver también de virus en televisión de comisaría -dice Samuel mientras se lleva una porción a la boca, después agrega -Jemi, el arroz estar mucho rico, mucho bueno, como siempre.

Una vez que finalizan la cena, salen de la habitación para lavarse los dientes en el baño compartido de la residencia. Aurelio duerme, el hotel duerme. Regresan al cuarto y se acuestan en la cama, ya son las 2 de la madrugada.

A la mañana siguiente, entre ronquidos y confusión, Jemina comienza a despertarse y siente que algo no anda bien. La luz que entra por la pequeña ventana que da a la habitación de Doña Juana es más brillante que de costumbre y el ruido de la calle es más intenso y molesto que lo habitual. Mira su celular apoyado en la mesita de luz y sí, tal cual lo suponía, se quedó dormida. Se levanta velozmente y, mientras se estaba vistiendo recibe un llamado de Susana, la dueña de la peluquería. Jemina atiende.

- Susana, yo estar yendo. Pido perdón por tarde ir, en ratito llego -le dice compungida.
Se hace un silencio.

- Hola Jemina, buen día. Me duele mucho decirte esto, pero no vas a venir más a la peluquería...

- ¡¿Cómo que no ir más?! -interrumpe Jemina gritando–

- No querida, lamentablemente no. Se vino el bicho del que estábamos hablando ayer y nos obligaron a cerrar por un tiempo. Entonces decidimos con mi esposo que lo mejor para la peluquería es que reduzcamos el personal y vos sos una de las últimas chicas que entró. Esperamos que sepas entender, para nosotros tampoco es fácil...

- ¡Va te faire foutre! -la interrumpe nuevamente- Vos despedir a mí por ser haitiana y no argentino. Vos aprovechar de mí. Yo ir ahora a peluquería y hablar con vos.

Jemina corta la llamada y sale corriendo a su trabajo. Cuando llega se encuentra con las persianas bajas y las luces apagadas. Vuelve a su casa llorando y lo ve a Samuel comiendo pan en la mesa redonda que está al costado de la cama. Él la ve llegar, se levanta y la abraza. Se quedan unos segundos sin hablar hasta que Jemina le cuenta con detalle lo que sucedió. Samuel la escucha atentamente aunque ya sabe, por los gritos dados por su pareja minutos antes, que la despidieron y que no le van a pagar lo que le deben. El sol y la calidez que se cuela por la ventana contrastan con el clima que envuelve a la habitación número 4 del "Hotel Familiar 'El Sol'". ¿Qué van a hacer ahora? Jemina no tiene trabajo y Samuel no tiene mercadería como para salir a la calle y hacerse unos pesos. Además, hace ya varios meses que Samuel no tiene dinero para enviarle a su madre en Senegal y eso lo tiene muy preocupado. Cuando parece que nada puede ser peor, golpean la puerta y oyen la voz de Ernesto, el dueño del hotel.

- Samuel, Jemina, ¿están ahí?
- Poder pasar - responde ella

Ernesto es un sujeto pequeño, de cejas gruesas y negras como el carbón, viste siempre de traje y ocasionalmente lleva corbata, sólo cuando la ocasión lo amerita. En esta oportunidad la tiene puesta. Entra a la habitación, apoya su maletín en la mesa y les comunica que deben cuatro meses de alquiler y que, si no pagan pronto, tendrá que "tomar medidas". Samuel le suplica que tenga paciencia y que van a hacer todo lo posible para ir pagando en cuanto puedan. Para sorpresa de ellos, Ernesto responde amablemente, recoge su maletín y se retira. El aire se vuelve espeso, ambos se sientan en la cama, se miran, se abrazan y lloran. Lloran como nunca. Frente a este panorama, deciden refugiarse en los brazos de su compañero pensando que no puede ser tan complicada la vida siempre, y sintiendo que en algún momento todo va a estar mejor.

Recorren durante todo el día la ciudad, preguntando en cada local abierto que encontraban a su paso, pero nada. Regresan a su casa al anochecer con los pies hinchados y con sus estómagos que no paran de hacer ruido. Hoy le toca cocinar a Samuel y prepara un plato típico de su país natal, el thieboudienne. Los ingredientes de esa receta son pescado, arroz, tomate, zanahoria, ajo y perejil. Los cinco últimos puede conseguirlos, pero para el primero ya no le alcanza. Comienza cortando las verduras en la mesa donde comen, al mismo tiempo que cocina el arroz en la pequeña hornalla ubicada en frente de la cama. Al cabo de media hora la cena está lista. No cruzaron una palabra desde que traspasaron la puerta de la habitación, pero cuando Jemina prueba un bocado del thieboudienne se le ilumina la cara. Siente que encontró la solución, que ahora sabe qué es lo que deben hacer para salir adelante. Lo mira a Samuel con una sonrisa, le toma la mano y le dice:

- Samu, nosotros poder hacer esto para pagar deudas, ¡tener que vender nuestro comida! Este comida estar mucho rico y estar segura de que vecinos pagar por comer esto- le dice entusiasmada.

- ¿Segura Jemi?
- ¡Segura! Vos preparar comida mucho riquísimo y poder nosotros vender cosas de Senegal y de Haití. ¿Qué te parece?
- No sé... -se rasca la nuca pensativamente- A mi parecer peligroso esto, pero es verdad que vos cocinar muy bueno también.
- Confía en mí. Estar segura de que funciona. Además, mucho difícil tener trabajo en la calle y nosotros tener que pagar alquiler ahora.
- Tenés razón. Probemos.

Un año después, las viandas de Samuel y Jemina son el menú habitual del hotel familiar. Con el correr del tiempo lograron estabilizarse económicamente e ir pagando paulatinamente la deuda que tenían con Ernesto. Se levantan más temprano que antes, luego de desayunar, empiezan a preparar las viandas del mediodía y, después de almorzar, se alistan para cocinar la cena. Realizan principalmente preparaciones senegalesas y haitianas que van intercalándolas semana tras semana. Doña Juana se encargó de contarle a todas sus amigas del barrio lo rico que cocinan “los chicos” de la habitación 4 y comenzaron a llegarles más pedidos. De a poco, muy de a poco, va mejorando su realidad. Esperan para el mes que viene poder comprar su primera heladera.

TODO TRABAJO ES ESENCIAL

Por Patricia Bincaz

Buenos Aires, corre el año 2020, es marzo, los noticieros del mundo están hablando de un virus que se expande muy rápidamente, arrasando con miles de vidas. Todos hablan del COVID 19. El 11 de marzo de ese mismo año la OMS declara al mundo pandemia por COVID19 y no se puede controlar. Ese mismo día Argentina comienza a tomar medidas estrictas para que el virus no se siga expandiendo y haya que lamentar más muertes.

Muchas resoluciones y decretos exigen ser cumplidos a rajatabla. Para poder salir a trabajar, cada persona debe ser esencial y sacar un permiso para circular por la ciudad, si no se cumple con lo exigido la sanción será una multa de entre $10.700 y $79.000.

Ahora, ¿quiénes son los esenciales? Se podría llegar a la deducción que cualquier trabajador lo es, porque todo aquel que trabaja necesita llevar un plato de comida a su mesa y pagar sus deudas. Pero en este caso no, sólo ciertos rubros que aparecen en un listado pueden sacar dicho permiso.

Todo esto de restricciones, contagios, virus, horarios de circulación, generó un revuelo en el país y entre la gente. Personas con miedo, personas que perdieron el trabajo.

Por suerte no todo fue tan gris y tormentoso para Argentina, hubo algunas ayudas económicas que se brindaron a los sectores más vulnerables del país: congelamientos de precios para servicios públicos e inmobiliarios, precios bajos en algunos productos de la canasta básica entre otros beneficios para que la gente pueda estar más tranquila y pueda sobrellevar el confinamiento estricto.

Pero hay un sector del cual no se habló o se habló muy poco: el sector de la cultura, del arte, de la música. En la cultura hay muchos trabajadores, cantantes, actores, actrices, artistas callejeros, animadores de fiestas, bailarines y detrás de ellos todo un equipo con los cuales trabajan en conjunto. Es este sector al que el gobierno no considera esencial.

El artista, en medio de todo este caos, tuvo que tratar de sobrevivir. El artista callejero, por ejemplo, aquellos que vemos en peatonales, trenes o subtes y nos alegran -quizás no a todos- con su arte, se vieron muy afectados. Como es el caso de Eric Zucker, artista callejero hace un poco más de 5 años y sostén de una familia.

Eric tiene 29 años, a las 24 años fue despedido por reducción de personal donde trabajaba como ayudante de cocina en un restaurante. Ese mismo día, luego de superar la congoja, y de no saber qué hacer, decidió salir con su guitarra a tocar arriba del tren. Ese es su trabajo hasta la actualidad.

La crisis que generó la pandemia afectó mucho a la economía de Eric no pudiendo trabajar como estaba acostumbrado, porque no sólo no puede sacar el permiso que lo habilita a trabajar, sino que también debe lidiar con vendedores ambulantes que no lo dejan ejercer su labor, porque como le dicen “ya son muchos trabajando arriba del tren”.

Al igual que Eric, muchas personas que trabajan por sus propios medios, pasaron por una misma situación de no poder generar ingresos.

Nahara Martoriani de 27 años de edad, madre de dos niños, cantante y animadora infantil, de Loma Hermosa, cuenta que hace 3 años trabaja como animadora, en fiestas de cumpleaños y eventos. Para ella, esta situación fue muy caótica ya que hace un año no puede ejercer su profesión. En algún momento tuvo que correr el riesgo, porque como dice ella: “la plata es más importante que el riesgo cuando se está pasando necesidades”. Aceptó trabajar en algún evento, con los protocolos necesarios, porque las deudas y el hambre no pueden esperar a que el virus desaparezca.

Mientras tanto utilizó otras herramientas para poder sobrellevar la situación. Vendió pan casero y en octubre del año 2020 paso por un trabajo temporal que duró un mes, la despidieron. Hoy está ideando un emprendimiento de ventas de postres para poder subsistir, pero al no poder contar con un ingreso fijo se le complica sostenerlo. Nahara no pierde las esperanzas.

Los artistas del interior se vieron también afectados por el confinamiento obligatorio. En Córdoba, por ejemplo, vive Marcos. Tiene 42 años, es comediante, se dedica hace 25 años al circo y desde hace 14 al standup.

Marcos se vio afectado por el aislamiento, debió adaptarse y realizar trabajos en forma virtual siendo contratado por alguna organización o persona particular. La cantidad de trabajo bajo esta nueva modalidad virtual no era la misma que como cuando lo realizaba presencialmente.

Marcos destaca que al ser amante de la tecnología, no le costó demasiado adecuarse al trabajo virtual, pero a muchos de sus colegas si se les hizo muy difícil.

Las herramientas que utilizó Marcos además de la virtual consistieron en grabar, realizar trabajos en vivo y presentar proyectos.

Estas tres historias no son más que una parte de una mayoría de artistas que hoy por hoy piden por favor que abran los espacios culturales para poder continuar con aquello que aman hacer, respetando todos los protocolos.

SER MUSULMANA Y SER FEMINISTA

Por Agustina Claveras

Parte del feminismo occidental entiende a las mujeres del tercer mundo como un colectivo homogéneo, dependiente y oprimido. Esta visión está parada sobre un pensamiento binario, una política identitaria que construye a las mujeres no occidentales como otredades y plantea una agenda feminista particular como universal. Sin embargo, la lucha por la igualdad de género fuera de occidente es tan diversa como los contextos de dominación machista en los que se da, y es por ello que puede hablarse de feminismo negro, latinoamericano, indígena o islámico, entre otros.

La tragedia que envuelve al movimiento y la marea feminista es este "feminismo hegemónico" que no contempla a las mujeres de otras culturas, razas, y clases sociales. La disputa constante entre distintas agrupaciones feministas es lo que hoy, en la tercera ola del feminismo, da nacimiento a los feminismos alternativos o decoloniales.

Macarena, estudiante de Relaciones Internacionales y coordinadora del área de derechos humanos en la organización MiNU Asociación Civil, presenta en diferentes talleres, capacitaciones y debates a esta cara poco conocida del feminismo y pone sobre la mesa la realidad de otras culturas y cómo la mirada occidentalocéntrica juzga y excluye a otras expresiones, como por ejemplo a las mujeres musulmanas. Una de las actividades más didácticas del área que coordina Macarena es el llamado "cine debate" en el que se presenta una película que luego se analiza y discute.

El jueves pasado se dio, en las oficinas del área, el encuentro más polémico de estas jornadas: se vio y debatió la película "Autoescuela para mujeres saudíes" (2019) en la que se presenta una realidad muy distinta a la occidental: las mujeres de Arabia Saudita no lograron legalizar que una mujer maneje sino hasta 2018. En el documental se muestran distintas escenas que llamaron la atención de muchos voluntarios: entrevistas a familias sobre qué piensan respecto de que esta ley se haya aprobado, entrevistas en un auto en el que una mujer saudí trabaja de conductora de Uber y le pregunta a sus pasajeros hombres qué opinan al respecto.

Pero lo más llamativo de estas escenas, y lo que despertó la polémica fue escuchar respuestas como: "Me parece bien pero yo no dejaría que mis hijas conduzcan" de parte de un policía, u otras como "No me gustaría la idea. Yo no dejo que mi mujer maneje, primero porque soy muy celoso, la gente la miraría", afirmaba un guardia de seguridad.

A lo largo del film se muestra cómo se lleva a cabo la autoescuela que es solo para mujeres, y la importancia que le dan ellas a poder manejar. Esto se entrelaza con entrevistas, y situaciones en las que se habla del tema —como la conductora con sus pasajeros— para, además de mostrar esta realidad, escuchar qué opinan hombres y mujeres sobre esta nueva ley.

Esta realidad choca con nuestra mirada occidental de inmediato, y escenas como "la entrevista a Amal y su familia" son disparadoras de este choque cultural. En la entrevista se les pregunta cuál es el rol de la mujer en la cultura musulmana, y el esposo de Amal responde: "El rol de las mujeres va de costumbres y tradiciones, estar en

casa, visitar a mi madre, educar a los niños", para luego hacer la comparación que más debate generó: "Cuando la mujer está dentro de casa está protegida. Ni siquiera necesita maquillaje. La casa es su reino, puede vivir como le plazca. Y es lo que nos dice nuestra religión en cuanto a vivir tapada o al descubierto. Me gusta comparar a las mujeres con la palmera de la que nos encargamos. Y no es para restarle importancia, porque las palmeras tienen una gran importancia en Arabia Saudí. Si la dejo afuera, no la estaré cuidando, en mi casa, protegida, bien mantenida, bien regada... Fuera está expuesta al sol abrasador y a las tormentas de arena, acabará por marchitarse y morir". Esta comparación entre mujeres y palmeras fue la más discutida cuando finalizó el documental y Sofía fue la primera en tomar la palabra, enfrentándose con Macarena en el debate que caracterizó la jornada.

—Las musulmanas son las más oprimidas, no entiendo por qué si son feministas, o consideran serlo, siguen usando el velo. Es más, creo que el Islam en sí es incompatible con el feminismo —dijo Sofía, una de las voluntarias del área.

Macarena, paciente, le responde.

—Debemos dejar de asociar la mirada occidental a la sociedad moderna avanzada y de tomar otras culturas diferentes como atrasadas. El feminismo que conocemos es el hegemónico. No podemos entender la situación de todas las mujeres basándonos solo en el género porque también influyen la raza, la cultura, la civilización, la clase social. Hablamos de las mujeres musulmanas pero no las escuchamos, no las dejamos hablar —comienza entonces la coordinadora, sabiendo el extenso debate que le espera.

—Debemos dejar de ver a la mujer musulmana con hiyab como un mero objeto de estudio y empezar a escucharlas como un sujeto en sí mismas —continúa—. ¿Bajo qué mirada el otro está atrasado? ¿Ante los ojos de quién? —se anima a preguntar.

—No podemos ver como algo avanzado una cultura en la que se le prohíbe a las mujeres poder caminar por la calle sin tener que taparse —se anima a responder Sofía.

—El 23% de la población mundial es musulmana, y sí, en algunos países el uso del velo es obligatorio, pero en muchos otros esto está cambiando. Debemos también comprender que hubo un tiempo en el que todas las religiones lo utilizaban, cristianos, judíos y musulmanes, pero solo cuando el occidente decidió que deberían dejar de hacerlo fue que empezó a considerarse el uso del velo como algo 'atrasado'. Para muchas mujeres el rol del velo es espiritualidad y liberación, ¿por qué su voz no cuenta si son ellas quienes lo viven? —cuestiona Macarena y sigue, al ver que nadie replica—. Hay toda una construcción alrededor de las mujeres no occidentales; aparecen como víctimas, se les quita agencia porque no se pueden liberar por sí mismas. Dicen que sus voces no son escuchadas por los varones ni por las mujeres occidentales hegemónicas. Lo que sucede es la universalización de un modo de conocimiento que sentencia lo que es válidos e inválidos. El válido sería el occidental, todo el resto de los conocimientos más propios de historias de otras regiones son descartados como conocimientos mágicos o atrasados. Esto se llama colonialismo del saber y tiene que ver con la ciencia positivista. El genocidio, la eliminación de otros conocimientos, los pueblos y las culturas que son colonizadas pierden esas herramientas y sus formas de conocimiento son descartadas como primitivas, mágicas, atrasadas, entre otros —finaliza.

Sofía, todavía cuestionando, interpela a Macarena.

—Defender que el Islam es feminista es un disparate. Y sobre todo, un peligro. Las religiones monoteístas nacen en sociedades patriarcales, y lo que hacen es vertebrar en forma normativa ese patriarcado. Hay mujeres que intentan hacer compatibles sus creencias religiosas con la igualdad. Yo entiendo este "colonialismo cultural" que planteás y cómo nos condiciona la mirada occidental, pero para mí ser musulmana y ser feminista no pueden ir en una misma oración.

—¡Es que el feminismo islámico también es diverso! Su objetivo principal es emancipar a la mujer musulmana mediante la relectura de los textos sagrados del Islam en clave femenina. Pero el feminismo islámico no solo lucha contra el patriarcado musulmán, también debe soportar la islamofobia y esquivar el paternalismo de parte del feminismo occidental que cuestiona que Islam y feminismo sean compatibles, justamente como lo planteas vos. Este debate suele estar marcado por la supuesta contradicción entre feminismo e Islam. Entendiendo que el Islam es irremediablemente patriarcal y que, por tanto, "feminismo islámico" es un oxímoron. Sin embargo, entender al feminismo islámico como un oxímoron invisibiliza la lucha de las mujeres que, sin abandonar la fe islámica, han decidido recorrer el camino de la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres —le explica la coordinadora.

— ¿Y entonces cómo podemos entender y apoyar esas luchas del feminismo musulmán sin caer en la visión occidental y colonialista que las considera atrasadas y oprimidas? —pregunta Juan, el único voluntario varón presente en la jornada.

—Primero, no juzgándola y dejando de hablar en nombre de ellas. Entender que la lucha feminista musulmana forma parte de una cultura completamente diferente a la occidental, a la cual estamos acostumbradas; entonces, en este sentido, entender que es importante brindarle su espacio sin juzgarlo, sin poner siempre la lupa en qué están haciendo; entender que son procesos diferentes y que el plan es no cuestionarlas, o decir que están "atrasadas", sino comprender que son tiempos diferentes y respetar esos tiempos —comienza a responder Macarena —Y dejar que hablen ellas, entender que tienen una voz propia y que esos feminismos musulmanes se componen a partir de esas voces —finaliza.

Culminada la actividad, la coordinadora y los voluntarios se dirigen a la salida y cada quién toma el camino que los devuelve a su hogar. Es entonces cuando Macarena y Sofía se cruzan en la parada del 166.

—Fue muy buena la actividad de hoy, la película y el debate fueron muy interesantes— comenta Sofía.

—Me gustó tu participación, si bien tenemos visiones distintas jamás se perdió el respeto y fue muy fructífero para el debate— le responde Macarena.

La coordinadora volvió a casa tranquila, quizá no todos piensen o vean las cosas de la misma forma y eso es parte de la diversidad, pero al menos algo tenía seguro: la puerta hacia la cuestión del feminismo musulmán ya estaba abierta.

Esenciales

Antonio Berni. Chiquilín de Bachín

EL MANTRA DE GUSA

Por Carulli V. Ayelen

Gusa se levantó como todas las mañanas escuchando lecciones de matemáticas ¿Cuánto le falta a 16 para llegar a 840? ¡Sí! ¡Claro! Porque cinco por dieciséis es.... Abre los ojos, respira, reconoce su cuerpo entre los abrigos de la cama, son las ocho de la mañana de una mañana cualquiera de mayo. Otro día largo frente al monitor comienza. Se pone el pantalón mirando por la ventana que deja entrar los rayos tímidos de luz azul que tiñe la cortina y pequeños destellos de arco iris que desprende el péndulo con forma de diamante de falso cristal. Camina unos pasos por el piso de madera que rechina hasta llegar a la escalera caracol de metal.

Al descender observa a su pareja. Una distancia no mayor a 20 centímetros separa su rostro del dispositivo. Su cuello se estira hacia adelante, los hombros están encogidos y su espalda encorvada. Lleva los auriculares en las orejas, anteojos, un guardapolvo blanco, sobre este un saco de lana, jogging y pantuflas.

Se la ve sonriente pero lo fulmina con la mirada, él sabe que es a causa del sonido de las maderas rechinantes, los pasos en la escalera de metal, el perro que desea salir a pasear, les alumnes que le hablan al mismo tiempo, los sonidos almacenados en los domicilios particulares por no silenciar los micrófonos mientras miran televisión o alguna madre que regaña a sus hijes por no prestar atención. Los continuos "seño... seño... seño..." con voces robotizadas. Lo que ya era cotidiano en sus clases de matemática para 5to A traspasa las pantallas.

Gusa asiente con la cabeza. Enciende la máquina de café, camina hacia la puerta, descuelga el petral color negro que se encuentra en el perchero junto con los barbijos de tela, también toma un cubre bocas negro, busca sus zapatillas, se calza. Le muestra el petral al can que mete una pata en uno de los agujeros, luego en el otro, él junta los extremos y abrocha, pasa el gancho de la correa, giran la llave de la puerta, se ilumina la habitación y salen al exterior.

"!Sos increíble!" le dice a su amigo peludo mientras ve como mueve la cola y en consecuencia toda su cadera. Dimitri es un perro de 11 años, lo encontró Ayelén atropellado con fractura expuesta en la extremidad izquierda trasera un día lluvioso de primavera. Su lesión antigua ya cicatrizada quedó soldada sobre el tendón, dejándolo rengo. Dos años después fue atropellado por un colectivo escolar que le quebró la cadera y para recuperarse debió hacer reposo durante un mes. A los 5 años le salió un tumor óseo en la mandíbula de la cual debieron extraerle un 30%. Por ese motivo puede verse su lengua que le chorrea del lado izquierdo. "¡Vamos tractor!", le dice.

Gusa camina mientras el perro lo guía oscilando entre paredes y árboles hasta encontrar donde realizar sus heces. Piensa y suspira, recuerda la cara de ella el día anterior, con los pelos desenredados, los ojos como platos, las ojeras que lleva semanas, vestida de entre casa y su voz cortada a causa de la angustia... n-o p-u-e-d-o m-á-s- necesito más de dos horas de silencio, él la entendía...de verdad la entendía. "Pero necesito trabajar soy músico", recuerda que le respondió.

Hacía ya 4 años que había renunciado a su empleo de obrero en un laboratorio donde se ensayaban materiales. Para poder dedicarse de lleno a vivir de lo que él amaba, "la música" y que aun así sentía que le faltaba un buen tramo. Desde hace 18 años daba clases de guitarra, tocó en una banda durante 12 años, llegó a tocar en la trastienda, en vivo en un programa del canal much music, en vivo en The Roxy, entre otros. Se había separado del conjunto musical hacía 5 años y formado otro. Cuando sacaron su primer disco, se declaró la pandemia mundial, y con ello una serie de medidas afectaron su cotidianeidad: como la suspensión de actividades recreativas, sociales, culturales, en lugares cerrados, la suspensión de reuniones sociales en espacios públicos al aire libre, el cierre de bingos, casinos, discotecas o cualquier salón de fiestas, como así también la restricción de circulación. Esto condicionó sus prácticas con pocas posibilidades de crecimiento fuera del streaming. Se refugió en las clases, virtuales, por el momento. "Estoy devaluado", pensaba.

Vuelve al hogar, limpia las extremidades del can con un trapo y la ayuda de un rociador con agua y detergente; Dimi ya está acostumbrado, las levanta cuando terminan con una y otra. Luego es su turno. Limpia sus suelas con alcohol y agua, seguido sus manos; el último paso del ritual de volver a casa consiste en descubrir su nariz, boca y mentón y colgar el barbijo. Pasa delante de la docente que sigue en su clase de matemáticas en un rincón de la habitación; observa cómo ella, con auriculares mirando la pantalla le habla al dispositivo, con gestos y muecas.

Se hace el café, lee los mensajes del celular, se toca la frente, la semana próxima tendría parcial. Hace tres años se anotó en el conservatorio de Morón para poder tener un título que oficialice el trabajo que ya realiza desde hace tiempo.

A las 11 comenzó la jornada laboral de Gusa, alumno/a detrás de otro de manera individual, con clases por plataforma zoom, grabando videos explicativos, usando ese material para subir algo a las redes sociales. Debía mantenerse activo, le habían comentado que para "crecer" debía ser constante en subir materiales a las redes sociales. En caso contrario el algoritmo te invisibilizaba. "Es como volver a empezar", le decían. Él consideraba que en más de una ocasión había empezado desde cero. Y ya no quería volver a hacerlo.

Un alumno, Fernando, le dice que no va a continuar más con las clases de guitarra, él es enfermero y está acostumbrado a la presencialidad, en un año no tuvo el privilegio de estar trabajando desde su casa. Le prometió esperarlo hasta que todo esto termine. Entiende a Fernando, él tampoco está habituado a esta metodología y preferiría adoptar la presencialidad.

La decisión de Fernando generó en Gusa un revuelo de pensamientos, principalmente de ansiedad e incertidumbre, la primera por necesidades económicas, la segunda por su categoría de monotributista ya que parte de su salario depende de la cantidad de alumnos. Le gana la desesperación, comienza a practicar un tema, piensa: un tema conocido debe ser, una canción del momento para que las personas sientan deseos de aprenderla.

Aye, por otro lado, se cambió de calzado y se dispone a alistarse para dar clases en otro colegio. A causa de la poca o nula conectividad de les pibes, debía dar clases presenciales en un primer grado. Eso representaba un riesgo. Saluda a su pareja y él le pide que le avise cuando llegue, ella asiente y se sube a la bicicleta.

Gusa sube la escalera caracol haciendo sonidos metálicos, toma la guitarra, se acerca la silla, la gira, se sienta, se acomoda en el escritorio, coloca la guitarra sobre sus piernas y los brazos sobre ella para alcanzar el teclado. Comienza por loguearse en zoom, con ambos pies apoyados en el piso, tose suavemente dos veces, mueve la cabeza hacia los costados, cliquea el botón de iniciar, de fondo se escucha el sonido de un silbato efervescente y una voz que chilla: "Churros bolitas churros" y otra vez el pitido del silbato, el músico resopla.

"Buen día Santi ¿cómo estás? ¿Pudiste practicar?" -continúa la clase virtual.

A las 17:40 Aye vuelve al domicilio, desde afuera se escuchan los gritos de shoooo shoololoza... acompañados de acordes musicales.

En un corte entre una clase y la otra, él escucha la puerta junto con el ritual del gatillo con alcohol. La bicicleta, la bestia que pide salir. Lo saca a pasear. Ella vuelve, se sienta, prende la computadora, y luego se la escucha: "Buenas noches ¿cómo va?", Gusa sabe que otra vez no puede realizar su música, comenzó la clase de secundario para adultos. En silencio piensa y se mece hacia adelante y atrás con la guitarra en los cuádriceps, una canción. ¿Qué canción? googlea, se mece, piensa estrategias para interesar alumnes, el parcial, las redes, el encierro.

Mientras subía un video a youtube, entrecruza dedos y los coloca en su nuca, inclina la cabeza hacia atrás y comienza el momento de reflexión. Piensa: esta no es la vida que tiene la mayoría, por suerte aún tengo algo de trabajo, se auto consuela ¿Cuándo volveré a los escenarios? ¿A ver al público? La ansiedad lo vuelve a corromper, el encierro, la incertidumbre, el parcial, trabajo, baja, encierro, redes, estoy en una caverna.

Se escuchan los pasos metálicos en la escalera caracol, Aye se acerca, lo abraza por la espalda, le da un beso en la mejilla y le pregunta: "¿tengo un ratito de silencio? Te toca cocinar". Ella baja nuevamente, se sienta en el sillón y cae dormida, su jornada laboral había terminado.

Mientras Gusa salteaba las verduras mantraba: la baja, el parcial, la molestia auditiva, las clases virtuales, la falta de afecto, necesidad de tiempo para crear algo nuevo. La baja, el parcial, las molestias auditivas... tiempo...

ZOOM OUT

Por Adrián Gutierrez

¿Cuánto tiempo pasó desde la última vez que me paré frente a una clase? Ya ni sé. Creo que siempre fue así: en mi casa, aislado del mundo humano, ensimismado. No es la primera vez. Me recuerda a mis tiernos años de infancia, cuando me escapaba de la casa en Marcos Paz y me aventuraba en pleno campo abierto, seducido por el recoveco de un árbol o hipnotizado por el transcurrir imperturbable, casi inaudible, de un arroyuelo que siempre se me figuraba como un cuadro de Renoir aunque nunca hubiera visto uno. Hay tanto que quiero decir. Quisiera evocar olores, texturas, miradas. Creo que me habitan con tal potencia que hacerlos reflotar, restituirlos a la vida, sería casi como una burla para una realidad contraria a todo atisbo de ilusión. Una realidad que no da respiro. No perdona.

Mi mesita de camping –uf mi desdén por ordenar la mesa grande para trabajar-, un par de libros desparramados por el sofá, y una computadora portátil. Estoy sentado en posición estoica; la espalda dibujando un ángulo de 45 grados con respecto a la línea horizontal que el sillón y la mesita trazan en su cuasi continuidad. De no ser por mis piernas que se emplazan entre medio nadie notaría la diferencia entre el mueble y mi cuerpo. Tengo que resistir en esta postura hasta las 21. Son las 16.25.

La clase comienza en 7 minutos y 30 segundos: nunca fue más útil el cronómetro del celular. Manos a la obra, me digo, como queriendo inyectarme una dosis de ánimo.

Mi estómago vacío y el frío penetrante, para colmo, auguran una sesión interminable. Ahora restan 2 minutos. ¿Cuánto tiempo faltará para Federico o para Ambar? Vivimos bajo la creencia de que todos los relojes de la ciudad están sincronizados con exactitud milimétrica. La sincronía es la madre de los corazones, todos laten al unísono, mecanismo perfecto e infalible que nos mancomuna en la aparente distancia.

Sin mediar protocolos: una presencia sin rostro. Ya estamos adentro, se van sucediendo las apariciones espectrales y las cuadrículas se van enfilando en procesión geométricamente calculada. Una calurosa bienvenida virtual. Caras absortas, fatigadas, ausentes, o acaso indiferentes, irrumpen en estática salutación; algunas sonoras, otras mudas.

"Buenas tardes", dice el profesor, "¿cómo están?".

Un eco de voces resuena por el parlante invisible. "Holaaa...hola (seco)...hola profe que tal...hola (boqui cerrado)". Cada cual con su singular modo de interacción se va plegando a la reunión por Zoom. Si cabe preguntarse por el significado de este término anglosajón, ciertamente estaría más cercano, valga la paradoja, a un zoom out. De hecho las caras que asoman por esas ventanitas suelen ser tan indescifrables si las comparamos con la impresión que nos dejan in situ, y las prestaciones tecnológicas tan variables de usuario en usuario, que resulta poco probable determinar a ciencia cierta si a Bruno le falló la conexión, si fue abducido por otra pantalla contigua, si está sufriendo una apoplejía, o si simplemente perdió interés en la lección. Y aunque nuestro orgullo profesional se vea gravemente herido por esta última, más vale preferirla a ser testigos

sincrónicos de tan fatídica obra del destino. En todo caso, es propio del oficio docente esa especie de auto examen constante en el que nos cuestionamos la efectividad de nuestras armas de seducción.

A todo esto, apenas el reloj contó 4 veces 60 y ya podemos contabilizar 7 palabras proferidas por el alumnado, una breve reflexión sobre la naturaleza del quehacer docente y un deseo inopinado de bloquear la cámara e ir a la cocina a preparar una colación.

- Bueno, chicos. Vamos a empezar con el libro de texto, página 47 -dice el profesor.
- Ok -responde Ambar.
- ¿Profe, qué página?-pregunta Federico.

El resto del grupo parece estar en la página correcta, aunque esto es incomprobable. Para sumar a la incertidumbre, mi conexión a internet y la precaria computadora con que cuento (¡cuento...cuánta credulidad!) parecen haberse confabulado para intensificar mi martirio. ¿Por qué debería tener confianza ciega en las bondades de un aparato cuya mano invisible no hace más que oponerse a mi buena voluntad? En fin, a falta de subjetividades a las cuales poder imputar falencias técnicas, no me queda más que asumir la responsabilidad por mi escasa prevención.

-Profesor, ¿podrías explicar el present perfect? -pide Tomás.

-Si, Tomi...¿se acuerdan que la clase pasada estuvimos viendo los usos del present perfect? Bueno, habíamos visto que... -sin poder concluir la frase, Ámbar activa el micrófono

-Profe, ¿me podrías mandar esa página del libro? Porque los mails le llegan a mi mamá...y...

-Es que, Ámbar, ya te envíe el PDF del libro varias veces; todas las que que me lo pediste, al correo de tu mamá y al tuyo -respondo con cierto cansancio.

-Es que no sé por qué no me llegan...- se defiende Ámbar.

-Es muy raro. No hay motivo para que no te lleguen, salvo que no hayas chequeado los mails, o hayas descargado el libro pero ahora no lo encuentres. Te lo puedo mandar una vez más –digo para pasar a otra cosa.

Y recién son las 16.37. Las clases vía internet están gobernadas por una total anomia. Quiero salir corriendo o fingir un colapso de mi wifi. Mientras esas alternativas rondan mi espíritu, no puedo sino pensar que este sistema de comunicación, y más aún si se pretende aplicarlo a la educación formal, debe haber sido urdido por una mente perversa. Nadie en su sano juicio podría concebir la idea de que un método tal nos esté llevando por el camino de la libertad.

La clase se desarrolla en estos términos. Proliferan los malentendidos, las interrupciones, las respuestas tácitas y una serie innumerable de desencuentros que solo contribuyen a empeorar la predisposición anímica de todos los que participamos.

Ámbar insiste, con tono algo lastimero, sobre su presunta inocencia con respecto a los materiales de trabajo que algún otro, yo, la madre, el/la señor/a Gmail, no supimos proveerle en tiempo y forma. Federico asume el rol de estudiante atento, pero al que sin embargo le bastaría el menor descuido tecnológico para abandonar la clase y continuar con sus partidas de videojuegos. Diferente es el caso de Tomás, que sin descollar en sus intervenciones, transmite en cada una de sus alocuciones una voluntad inquebrantable por aprender. En realidad, estas no son más que suposiciones, tratándose de chicos a los que todavía no tuve la oportunidad de ver en persona, y con todo no sirven a la descripción más que como prototipos aproximados de los varios que podemos llegar a conocer tanto en una clase virtual como en el aula tradicional. Aunque tales prototipos bien podrían resultar algo muy diferente si se pudieran sustraer a la lógica deshumanizante de las clases sincrónicas.

Por fin veo que el reloj da las 20.54. En unos minutos estaré bajando las escaleras a toda prisa para anticipar el cierre del chino. Abro la puerta de calle y me quedo inmóvil, petrificado por algo imprevisto. Una mujer, con su perro, clavaba su mirada en la mía; no había curiosidad ni disimulo. Si la mujer hubiera sabido la necesidad que tenía yo en ese momento de un gesto que aliviara mi frustración, el tedio del que recién lograba escapar. Pero lo que yo leía era un reproche áspero, hostil. Ella estaba parada cerca del árbol que se yergue en la esquina de mi edificio, esperando una decisión fisiológica de su mascota, al tiempo que cavilaría acerca de qué don apacible eran las noches ahora, cómo se había disipado el temor a la inseguridad, para convertir al paseo nocturno en un paraíso para pocos; a salvo de parvas de imbéciles desacatados que de día amenazaban su salud en la oficina, el colectivo, los negocios. Fue instantáneo mi descubrimiento: había salido sin el barbijo puesto. El trecho físico que nos separaba en ese momento sería de 3 metros, la distancia de nuestras almas, planetaria.

Es pasmoso darse cuenta cómo el ser humano puede siempre procurarse nuevas fuentes de temor. Hoy ya nadie parece tener miedo de ser asaltado en la calle, a no ser por un hombre-bacteria.

Me alejo de mi nuevo enemigo, camino unos pasos y llego a la puerta del chino. Habían clausurado las rejas naranjas y el interior del mercado, con sus góndolas en penumbras, no presentaba signos de vida. Claro, esa semana las medidas de la cuarentena se habían reforzado; las 20 era el horario límite.

Así, doblemente derrotado, por la puntualidad de los chinos y por unos ojos implacables, vuelvo resignado a mi departamento. Cuando entro se me cuela por la puerta un pedazo de silencio que me seguía desde la calle. El paisaje, acá, es yermo, parco, insípido. No descubro nada que rompa la monotonía que me había apresado minutos antes. La mesita de camping, la computadora, los libros...la misma naturaleza muerta desde las 16.25

.

La emoción que le sucedía a una buena clase, forma parte del recuerdo; de cuando lanzarme a la calle de regreso a casa, después de caminar sigiloso por media hora, era reencontrarse con un mundo perdido, añorado; siempre escoltado por multitudes de sonidos, miradas, aromas, todo el paisaje urbano se instalaba en mi living, mi cuarto, y que me acompañaba hasta la hora de acostarme.

Ay, si solo pudiera volver a casa.

LA CASA DE LA REJA ROJA

Por Natalia Soledad Álvarez

En un barrio del conurbano bonaerense hay una calle como otras, una cuadra como otras, una casa como otras. En esa casa hay un patio que no es como otros, tiene muchos árboles que crecen como no crecen en otras casas y en otros patios. Crecen como en un bosque. En esa calle, en esa cuadra y en esa casa vive un hombre, Jorge Pérez.

El polaco, así le dicen sus vecinos, cuando comentan murmurando: "vive sin servicios, sin agua, ni luz, ni gas ¿cómo hace?

Por las mañanas se ve a ese hombre de hombros caídos abrir la reja roja de su casa con dificultad. En la vereda saluda a sus amigos caninos que le dan los buenos días moviendo la cola. El polaco les deja comida en unos tachitos y se aleja con su bolsito al hombro. "Quien alimenta a un animal hambriento alimenta su propia alma", dijo Charles Chaplin. Tal vez ellos lo saben.

En otros tiempos Jorge salía por las tardes a cartonear a Capital, volvía en el último tren desde Lacroze hasta la estación de Podestá con sus bolsos llenos de cartones y diarios, fruto de su jornada de trabajo. Ahora se va temprano y vuelve al barrio por las tardes, llega junto a los perros que desde la esquina lo acompañan. En la vereda saca de su bolso restos de pizza para sus amigos, juega un rato con ellos. Después abre el portón rojo y no se lo vuelve a ver hasta el día siguiente.

En la calle camina como fantasma que cultiva el bajo perfil. Seguro de no ser visto, confirma su sensación ante las miradas que se hacen cómplices de su invisibilidad al punto de no dar el primer paso sobre ese hielo fino que nadie se decide a romper con un simple "¡Buen día!" Esas miradas ya no lo reconocen, pero sí recuerdan que en el 2000 él perdió a su único familiar, su mamá. Y saben que al que no encuentran en esa mirada es a él, al hijo, al que saludaban, al que veían y se dejaba ver. Al parecer en aquellos tiempos él sabía: se sabía a sí mismo, por lo menos, parte de una familia. En algún momento aquella sencilla sabiduría terminó. Terminó para dar paso a la experiencia de estar solo y como todo final tuvo, también, su despedida. Esta fue muy significativa, tanto que se grabó en la memoria de todos como una leyenda.

Cuando su madre dejó este mundo, el polaco preparó una inolvidable despedida. Rodeó de flores su último lecho y la acompañó junto a sus gatos. Él permaneció inmutable durante un prolongado tiempo. Algunos vecinos estuvieron allí. Fue un momento solemne. Con rostros afligidos los presentes le dieron sus condolencias, compartieron unos minutos de silencio mostrando su respeto ante la terrible pérdida.

Un día el fuego se hizo presente, algo ardía en el bosque; el cielo del barrio se puso gris por dos días. Cenizas de diarios y papeles podían verse y olerse fuera de la reja roja. Se supo que fue a causa de la cantidad de diarios y cartones acumulados en la casa.

Frente a esa casa de rejas rojas una chica despierta haciendo listas. Todavía en la cama, la persiana entreabierta, un haz de sol se cuela sobre las sábanas y marca otro inicio. Ella repasa lo que quedó pendiente del día anterior: mensajes sin responder, informes incompletos, tareas escolares, compras en el supermercado. Comienza el día, comienza

la rutina que dibuja la pandemia. Pone el agua a calentar, prepara el mate y abre la ventana de la cocina. Contempla con ternura la escena de cada mañana, también ve y sabe. Sabe que lo mismo, pero al revés. Se dará alrededor de las siete de la tarde: el polaco abrirá la reja, alimentará a los perros, jugarán un rato, entrará cargado de los diarios y cartones recolectados de la calle. Y así transcurren los días.

Ella recuerda que en media hora comienza el primer Zoom. Las distancias pierden sentido, la mirada se hunde en la luz que irradian los píxeles: pequeñas celdas con personas que nos permiten mirar y ser vistos, un gran panóptico. La soledad se vuelve multitudinaria.

Mientras toma el primer mate piensa en lo extraño que es extrañar lo habitual, lo de todos los días, lo que ocurre casi sin darnos cuenta. Es extraño no estar en medio de la gente, no sentir complicidad en un gesto, en una mirada. Se extraña lo que aún no hemos vivido junto a otras y otros. Se extrañan los abrazos que no dimos y que tenemos en la punta de los brazos. Se extraña el asombro de las vidas distintas a las propias, con los cuerpos que se mueven en otras direcciones, con las bocas que se ríen de otros modos, con las palabras que dicen otras cosas. Se extraña lo común, porque se extraña la sensación de habitar un lugar y un tiempo compartido. Lo extraño es extrañar todo lo que nunca extrañamos porque dábamos por sentado que allí estaría para siempre, y que ahora se volvió distinto.

Afuera él, los que lo miran, los autos, el colectivo que pasa por la esquina, las vecinas que salen con los carritos para hacer las compras. Adentro, los días se entretejen con hilos intangibles y ella junto a él forman una trama en la soledad, en ese ser mirados sin ser vistos, en esa invisibilidad que es un poder y una debilidad. Rituales que estrenamos en este presente que dilata y comprime en un segundo todo lo que existe.

¿MA, ME PREPARÁS EL DESAYUNO?

Por Aldana Ganske

Acá estamos estancados otra vez en el borde del precipicio, en un nuevo mundo donde nos guían las incertidumbres. Abunda la magia de la esperanza en el porvenir, un nuevo año, nuevas oportunidades. Pero esta vez seguimos inmovilizados en una nueva ola de enfermedades y en un nuevo confinamiento.

María se levanta como cualquier día a las siete de la mañana. Entre resoplidos, con sus dos manos frota sus ojos legañosos y prepara el mate para comenzar el día. Este año el aislamiento social, obligatorio y preventivo es el principal encargado de que estemos todos más cercas, todos más juntos dentro de nuestros hogares, sin embargo existen esos pequeños momentos donde levantás la cabeza, mirás alrededor y nace un escalofrío desde la punta de tus pies que se escabulle por tu cuerpo con la sensación de no tener a nadie.

Hay que levantarse a preparar la casa, tender la cama, acomodar la mesa y las sillas, guardar los platos limpios que quedaron de la noche anterior, entrar maderas para la estufa, y por último, encender la computadora y preparar la bibliografía. Con una frazada al hombro separa por colores la ropa sucia y el chillido del lavarropas comienza a sonar.

A las nueve tiene que despertar a sus dos hijas, Claudia, que con sus dieciséis años está transitando sus últimos años del secundario y Elizabeth, que a sus once años está viviendo su primer año en un nuevo mundo, el secundario. Dos jóvenes que hace dos años madrugan sin ir a la escuela, pero sí al escenario de aula montado en el comedor. Las hojas cuadriculadas al igual que las rayadas van y vienen, se sientan frente a la cámara, comienza un zoom, finaliza y comienza otro, dando igual a quien se tenga enfrente, aferrándose a buscar a alguien de su hogar que pueda ayudarlas. Preparan las cámaras, se unen al zoom y María se ve obligada a dejar de lado sus estudios mañaneros para dedicarles tiempo a sus hijas.

María tiene cuarenta años, toda su vida estuvo apasionada por la investigación. Hace veinte años su formación académica gira en torno a las Ciencias Sociales, en primer lugar estuvo la Licenciatura en Historia, carrera abandonada por sus tareas de cuidado. Al pasar los años, sus hijas fueron creciendo y las responsabilidades de María fueron disminuyendo, pero nunca lo suficiente. Hace cuatro años decidió volver, esta vez en un profesorado de historia, con toda la fe y esperanza en poder cumplir sus sueños.

Se escucha al pasar "¿Ma, me preparas el mate cocido? ¿Ma, me alcanzas los mapas? ¿Ma, me podes ayudar a comparar a estos autores?" entre un montón de pedidos de parte de sus hijas que no adivinan la resonancia que causa sus palabas en su madre. Por desgracia para María, estos favores se duplican durante toda la mañana hasta cerca del mediodía.

-Otra mañana sin leer nada del profesorado, otra vez no me va a pasar- se repite María mientras lava los platos del desayuno para poder cocinar el almuerzo.

-¿Qué pasa, ma?- pregunta Claudia desconcertada cuando pasa a buscar un vaso.

-No, nada hija. El profesor volvió a subir textos al aula y todavía no me pude sentar a leer lo de hace cinco clases atrás, estoy muy atrasada.

- Bueno Ma, tranquila -responde desganada mientras vuelve al comedor.

A las doce del mediodía, Claudia y Elizabeth terminan sus clases sincrónicas, retiran las notebooks y van directo a sentarse en la mesa. Mientras María acomoda los vasos, separa los cubiertos y lleva la olla a la mesa, ellas preparan la serie que ven todos los almuerzos. Un ritual diario que esta vez se vuelve un escape a la preocupación constante de María de la acumulación de material de lectura de su amada carrera.

Se hacen las tres y cuarenta de la tarde, el ardor de sus ojos de poco dormir logra un pestañeo lento y forzoso de sí mismo. Luego de los bostezos excesivos y la frotación de sus ojos, decide tirarse en su cama a descansar un rato. La siesta se convirtió en otro de sus escapes.

Como todos los días, les pide a sus hijas que la despierten cuatro y cuarenta y cinco de la tarde, diez minutos antes de que llegue su esposo de trabajar para poder esperarlo con el mate listo. Pero esta vez no puede dormir, escucha a lo lejos la ofuscación de Elizabeth al hacer la tarea. La transición al secundario no es fácil, un nuevo mundo se abre frente a tus ojos, estás solo, el aprendizaje es acelerado a diferencia de la escolarización maestral de la primaria. La virtualidad rompió la sobrecogedora atmósfera del aula llena de gente, ahora la educación es solitaria, en el comedor de las casas, con un aura de nervios y explicaciones sin atención. Las semanas siguen pasando, el classroom está repleto de tareas asignadas sin resolver, la fatiga ocular no permite estar mucho tiempo frente a la computadora. ¿Por qué el aprendizaje se termina transformando en algo tan tedioso?

Cuatro y cuarenta y cinco se levanta y acomoda la cama rápidamente, se peina sus rulos, se lava la cara, barre el comedor, limpia el mate y espera que su marido termine de higienizarse, cambiarse la ropa, lavarse las manos y todas las medidas preventivas contra el coronavirus antes de ingresar a la casa. Comparten unos mates, escucha las quejas de Carlos sobre el abuso de poder de su jefe, entre resuellos y ojos lagrimosos Carlos cuenta como por tercera vez en la semana su jefe volvió a pedirle que se quede más horas de trabajo por fuera de su contrato, poniendo como ultimátum la destitución de su empleo. Luego de un par de cebadas entre frustraciones, vuelven cada uno a sus tareas. María se levanta de la mesa, prepara los cuadernos y las lapiceras mientras analiza y descompone su papel frente a la situación de su compañero, sus pilares feministas no le permiten ser solamente la mujer que le sirve a un hombre. Pero esta vez, con la mano en la cabeza con un leve balanceo de negación prefiere quejarse por lo bajo y concentrarse en su próxima clase.

A las siete y media de la tarde María enciende la computadora, limpia el escritorio, y comienza su clase de historia americana, por primera vez desde que comenzó la educación virtual, no enciende su cámara. Nadie en la casa lo nota, fue una acción al pasar. Esta vez su concentración no está enfocada en la pantalla, con el codo apoyado en la mesa y la mano en su pera, tiene la mirada perdida en sus cuadernos.

Se hacen las diez de la noche, deja su lapicera azul y se saca los auriculares. Se dirige a la cocina, la misma incertidumbre diaria.

-¿Qué vamos a comer hoy? -pregunta María en lo alto mientras piensa en la variedad de platos de comida que tiene que hacer para su familia, dado que Claudia es celíaca y a Elizabeth hay un montón de platos que no le gustan y si no le gustan no come.

-Cualquier cosa- responde Carlos mientras pasa a la habitación.

-A vos te da igual porque no tenes que pensar todos los días qué cocinar sin que te rompan las bolas -responde ella con un leve tono de enojo.

María empieza a cocinar mientras abre el agua caliente, pone detergente en la esponja, su mente empieza a parafrasear los textos de su clase. Al fin y al cabo, termina transformándose en su única manera de tener los pies sobre la tierra. A lo lejos, escucha un "¡Ma!" con un tono exasperado. María se acerca al comedor y antes de poder soltar un ¿Qué? es interrumpida por el pedido de auxilio de Elizabeth con matemáticas, materia que tanto a su hija como a ella les resulta lo más incomprensible del mundo, y del otro lado de la mesa, está Claudia, que no puede interpretar sus textos de sociología. Entre idas y vueltas del comedor a la cocina, María logra ayudar a sus hijas con sus tareas, se dirige de nuevo a la cocina, agarra el cuchillo y pica verduras.
Entre los ruidos del cuchillo contra la tabla de madera, suena su teléfono, es el grupo de Whatsapp de sus 'facuamigas', grupo integrado por sus dos mejores compañeras de estudio, Iris y Nancy. María escucha audios que van y vienen entre ellas, Iris está aislada por covid. Por unos minutos, todo su entorno se queda en silencio, a través de un escalofrío vuelve el recuerdo de su amigo estudiantil que desde el año pasado la acompaña desde el viento.

Se escucha el ruido de Whatsapp al comenzar a grabar un audio. ¿Por qué no me puedo organizar yo? ¿Cómo hacen ustedes? -pregunta María al grupo de sus amigas. Nuevamente vuelve a ir y venir del comedor a la cocina, se queda quieta en el pequeño arco que une el comedor con la cocina, con la cuchara de manera en la mano. Su mirada cae perdida en la mesa, donde están Claudia y Elizabeth rodeadas por el material educativo, y al mismo tiempo, la maravillosa sincronización de los ronquidos de Carlos junto a su perro.

María vuelve a la cocina a picar una última cebolla, le empiezan a arder los ojos y comienzan a lagrimear. Esta vez, se deja llevar. Su mirada vuelve a perderse, otra vez su cabeza comienza a intentar retener lo aprendido en la tarde porque al final del día, lo que no se estudia termina en la curva del olvido.

Acerca de lxs autorxs (por lxs autorxs)

Adrián Gutierrez, tiene 36 años y está cursando su primer año de Antropología. Trabaja como docente desde los 18 años y también es músico. Sus intereses son la literatura y el cine, siempre está leyendo algún libro o mirando películas. Pero cree que lo que más disfruta es hacer linda música con otra gente.

Natalia Alvarez tiene 36 años, vive en Tres de Febrero. Es mamá de Juli (9) y Cata (3) y compañera de Ariel. Estudia Antropología Social y Cultural. Hace unos años comenzó la carrera de Trabajo Social en la UNLAM y no la terminó. Luego estudió el Profesorado de Educación Primaria y actualmente trabaja como maestra alfabetizadora de jóvenes y adultxs. Es curiosa y soñadora. Le apasiona leer y sabe que la tranquilidad de la naturaleza es lo que necesita para sentirse conectada.

Natasha Ejarque Ubalton es artista independiente autogestiva, artesana y artivista. Estudiante de música popular (UNLP-Madres Plaza de Mayo-Fundación música esperanza) y de Sociología (UNSAM), educadora popular. Actualmente reside en Rincón de Milberg, partido de Tigre extensión del Delta en continente (anteriormente en el delta, Río Sarmiento). Mamá de Frida y orgullosa hincha de Argentinos Juniors

María Eugenia Ecay es estudiante de la carrera de Antropología Social y Cultural de la hermosa UNSAM. Es de géminis, con un carácter muy dual, pero auténtico. Ama lo que estudia y quiere poner su grano de arena para hacer del mundo un lugar donde reine la empatía y el respeto por todos los seres vivientes que lo habitan.

Lucía Loguercio está cursando el primer cuatrimestre de Antropología Social. Lo que más le gusta hacer es tocar la guitarra o el bajo, pasar tiempo con sus amigues y tomar café. Se hace demasiadas preguntas sin respuesta y no le gusta no entender cómo funcionan las cosas. Su libro favorito es Boquitas pintadas.

Aldana Ganske tiene 20 años y toda su vida vivió en el partido de General San Martín. Terminó el secundario en un Bachiller en Ciencias Sociales, y siempre se involucró en ellas mismas, le fascinan. En 2018 se anotó en Psicopedagogía en la UNSAM con el fin de ayudar al otro, en cierto punto su vida se basa en eso, desde muy chica formó parte de un Grupo Scout que configuró sus valores como persona. Sin embargo, a lo largo de los cuatrimestres se dio cuenta que esa carrera no era para ella. Por esta razón, decidió inscribirse en la Licenciatura en Antropología Social y Cultural, donde efectivamente se siento cómoda y feliz.

Alfredo Pablo Goijman es periodista. Papá de tres genios, hincha de Racing (nadie es perfecto) y enamorado de las letras. Ansioso por descubrir a través de la Socio y la Antro una realidad en la que lo único permanente es la transición. Vio jugar a Maradona, entrevistó a Borges y a Alfonsín, y fue amigo de Adrián Otero y Pappo.

Agustina Mariana Claveras es estudiante y escritora. Fan de los poemas de Loreto Sesma y de la música de Ginés Paredes. Escribe sobre la vida en metáforas y tira las cartas. Enamorada de cada paso que da dentro de Sociología y con ganas de conocer aún más de este mundo social.

Patricia Bincaz tiene 30 años, es estudiante de la carrera de Antropología Social y Cultural de la Universidad Nacional de San Martin. En sus tiempos libres trabajo como comunity manager de artistas emergentes y ama pasar tiempo con sus hijos y su compañero de vida.

Melisa Hernández es mamá de Olivia. Con raíces a orillas de la oriental charrúa. Estudiante de sociología, confiada en las transformaciones y mejoras sociales. Amante del agua es instructora de natación. Espacios de escape logrados en sintonía con producciones artísticas.

Ilan Colombo tiene 21 años y vive en el barrio de Villa Crespo, en la Capital Federal. Tuvo un breve paso como estudiante de Sociología en la UBA y, luego de algunos desencuentros, decidió seguir buscándose dentro de las ciencias sociales, pero en Antropología en la Escuela IDAES. Apasionado de las actividades físicas, se puede colgar varias horas jugando a la pelota con amigxs o haciendo malabares. Le encantan los perros, aunque nunca tuvo uno. Cree haber encontrado en la Antropología un espacio donde seguir creciendo tanto profesional como humanamente.

Morena Abitbol es estudiante de primer año de sociología en la Unsam. En sus tiempos libres le gusta jugar a que es escritor, pintor y jardinerx. Xadre de tres gatos, cuenta chistes muy malos. Hace cinco años que está aprendiendo a tocar la guitarra pero, dice, no le sale. Ah, su película favorita es Naked Lunch.

Escuela IDAES
UNSAM